

Lecturas Mexicanas divulga en ediciones de grandes tiradas y precio reducido, obras relevantes de las letras, la historia, la ciencia, las ideas y el arte de nuestro país.

INÉS ARREDONDO

# Río subterráneo

*JM*

JOAQUÍN MORTIZ

**SEP**

Primera edición: 1979, Editorial Joaquín Mortiz, S.A.  
Primera edición en Lecturas Mexicanas: 1986.

COLECCIÓN LECTURAS MEXICANAS

### A Carlos y para Carlos

Producción: SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA  
Dirección General de Publicaciones y Medios

D.R. © 1986, de la presente edición,  
Consejo Nacional de Fomento Educativo  
Av. Thiers 251, 100. piso,  
México, D.F. C.P. 11590

D.R. © 1979, Editorial Joaquín Mortiz, S.A.  
Tabasco No. 106  
México, D.F. C.P. 06700

Impreso y hecho en México, D.F.

ISBN 968-29-0204-5

Siempre  
crepúsculo  
sueño  
olvidos  
nombres  
que juegan  
en el espejo  
olvidado y  
herida que en  
siempre que  
Ella le por  
Si sabes  
la ciudad. Yo  
pero eres un teatro  
fue y vivan con hijo  
con. Yo te ayudo  
Por qué vivo en la  
Pero yo no respondo. Me  
Eso de darme que arrastra  
No el mundo de los hombres  
hijo con ella vive en una tierra  
Venir al día. Yo y una infancia  
Pero te habías dado una vida y había aprendido  
hijo el niño de papa

## LAS PALABRAS SILENCIOSAS

*A José de la Colina*

Nombres. También entran en el misterio, se corresponden con otras cosas. Así sucedió con Eduwiges. Él no pudo conformarse con decirle "Eluwiques", y la llamó simplemente Lu, y Lu es el nombre de un semitono de la escala musical china: justo el significado y el sonido que vibran en él cuando la veía moverse, con su cuerpo alto, elástico y joven sobre los verdes tiernos y sombríos de su parcela, cuando la oía reír con su risa sonora que hacía aletear a los pájaros cercanos.

Ella le preguntó una vez:

—Si sabes tantas cosas ¿por qué no nos vamos a la ciudad? Yo sé que tienes guardado dinero, pero eres un tacaño. Allá hay chinos ricos, muy ricos, y viven con lujo. Pon una tienda en Culliacán. Yo te ayudo.

—¿Por qué vivo en la colina verde-jade?

Río y no respondo. Mi corazón sereno:  
flor de durazno que arrastra la corriente.

No el mundo de los hombres,  
bajo otro cielo vivo, en otra tierra."

—Vete al diablo. Tú y tus tonterías.

Pero le habla dado tres hijos y había cantado  
bajo el techo de paja.



Luego existía aquello también, el que don Hernán, de vez en cuando, hablara en serio con él y, cuando estaba de buenas, lo llamara Confucio o Li Po. Él había viajado por todo el mundo, leído todo. Y después, cuando la gran persecución a los chinos en el noroeste, no había permitido que ninguno de ellos fuera tocado, ni los ricos ni los pobres. Y le había prestado, por capricho seguramente, el libro traducido del inglés aquél, cuyos poemas había copiado con tantas dificultades, porque leer, podía leer de corrido, pero escribir, no había escrito nunca desde que aprendió: ¿a quién iba a escribirle él? Ni en chino tendría a quien hacerlo, aunque hubiese podido recordar los caracteres suficientes para ello. "No más afán de regresar / olvidar todo lo aprendido, entre los árboles." Eso había decidido cuando llegó, ¿hacia cuántos años? Para eso no tiene memoria. Sí, recuerda a su maestro allá. El silencio...

—Manuel. Mañana tengo visitas. Quiero que me traigas unas amapolas, pero que sean las más bonitas que haya.

—Sí, sí —y mueve la cabeza como si la tuviera suelta sobre el cuello largo y pelado.

—Van a venir mis suegros, ¿sabes? Bueno, los que van a ser mis suegros. Me vienen a pedir.

—Bueno, bueno. Yo legalalte floles.

—Gracias, Manuel. ¡Ah!, desde ahora te digo que te voy a invitar a la boda.

—Bueno, muy bueno.

También él se había casado y don Hernán en persona había sido su padrino. Quizá por eso se había sentido obligado, cuando Lu se fue con Ruperto, a mandarlo llamar para decirle que podían hacerla volver, meterla en la cárcel, quitarle a los hijos, podían... podían tantas cosas... Don Hernán estaba enojado.

No. Le había vendido hortaliza a Ruperto desde siempre y era un hombre honrado. Lu le había dado felicidad y tres hijos. Las tardes en que Ruperto iba con su camión, y entre los dos cargaban las legumbres, cuando hablan terminado, Lu se acercaba y les ofrecía agua de frutas, como él le había enseñado, y no era culpa de ellos si sabían retirarse a carcajadas al mismo tiempo, y hablar igual, con la misma pronunciación, de las mismas cosas, largo tiempo parados; lo había visto mientras escuchaba, quieto. Así sucedió durante años. En cuanto a los hijos; a esas pequeñas fieras sin domar... eran idénticos a ella, físicamente moldeados a su imagen, incluso. Tenían sus enormes ojos amarillos, aunque ligeramente rasgados; además, lo había intentado todo para enseñarles lo que él aprendió de pequeño, tan pequeño como ellos y sólo le habían



respondido con acitudes de extrañeza. Sobresalto, si no un leve repudio había sentido en todos cuando a uno por uno, a su tiempo, los había llevado a ver al San Lorenzo después de la avenida, majestuoso y calmo, y en voz baja, jugando con una hoja o acariciando una piedra había dicho lentamente: "Lejos, el río desemboca en el cielo".

A pesar de sus advertencias, jugando pisoteaban y destruían los cuadros de almácigos, y no había conseguido que trasplantaran con cuidado una sola pequeña planta o se quedaran un instante quietos viendo algo, por ejemplo la luna, tan extraña y tan íntima.

No era ni siquiera los nombres de las personas, de las cosas lo que se le escapaba, era solamente la articulación. Y eso era todo: suficiente para que lo consideraran inferior, todos, todos; ni don Hernán, a veces, lo comprendía bien, profundamente. Solamente los otros chinos. Sí, no era una casualidad que no hablara como los demás, que tuviera su forma especial de hacerlo.

—"Viejos fantasmas, más nuevas

Zozobra, llanto, nadie.

Envejecido, roto,

para mí sólo canto."

La claridad empezaba. Surgida del silencio se queda un rato quieta y toca las cosas imperceptiblemente. Quieta.

Era el mejor momento para hundir el pie desnudo y enjuto en la tierra esponjosa para tantear en la penumbra la primera lechuga húmeda, no vista sino recordada del día anterior, de tantos días anteriores en que ya sabía cuándo estaría en sazón; para cortarla, sin ruido, con el filoso cuchillo. Y seguir así, disfrutando en el silencio de aquello que no era trabajo sino adivinación y conocimiento. Luego, sigilosa, la claridad iba asomándose, hasta que despertaban los pájaros. "Canta un gallo. Campanas y tambores en la orilla. Un grito y otro. Cien pájaros de pronto."

Seguía trajinando de rodillas entre los surcos, acendrando dentro de sí las palabras: no había por qué detenerse. Mientras, sentía en la cara, en la espalda, en los flancos tranquilos, cómo comenzaba la respiración profunda de las huertas que cercaban su parcela. Siempre oscuras y secetas, cerradas sobre sí mismas, las huertas enormes empezaban a moverse. Cuando la luz era ya demasiado viva, bastaba con levantar un poco la cabeza y los ojos descansaban en la mancha oscura que proyectaban los árboles.

Ya no era hora de cultivar, es hora de vender. Entra a la choza de bambú y paja, fresca siempre bajo el gran mango que ha dejado en medio de su sembradío, desayuna alguna cosa y se prepara. No se da cuenta, quizá porque nunca, nadie, se lo hizo notar, de que se viste igual que en su



pais, de que el enorme sombrero cónico que tejió con sus propias manos no es el que usan los hombres del pueblo, a excepción, claro, del resto de los de su raza que viven allí. Carga, cuidando el equilibrio, las dos cestas, tan grandes; arregla los mecates, las acomoda en los extremos del largo palo que coloca sobre sus hombros y levanta el peso como si no lo sintiera. Por el borde del canal que atraviesa la huerta, y luego derecho por la avenida polvosa que hay entre los frutales va trotando uniformemente. Pasa por enfrente de la casa-hacienda y saluda a los que andan por los jardines, por los patios, sin alterar el ritmo de sus saltitos de pájaro.

Desde que está cerca de las primeras casas, sin levantar demasiado la voz, comienza a anunciarse.

—Valula, valula.

Sabe que se dice "verdura", pero no lo puede pronunciar. Hay tantas cosas que quisiera decir, que ha intentado decir, pero renunció a ello porque suenan ridículas, él las oye ridículas en su tartajeo de niño que todavía no sabe hablar. Sólo don Hernán... Pero con los otros no insiste, comprende que si uno no se explica los otros piensan que es inútil responderle, hablarle, porque sienten que no entiende, que su imposibilidad de expresión correcta es indicio seguro de imposibilidad de comprensión verdadera. No tenía rencor ni se azoraba, lo sabía desde que era un niño: "Si no conocemos el valor de las pala-

bras de los hombres, no los conocemos a ellos." Y él es un hombre, aunque esté viejo, aunque por la torpeza inexplicable de su paladar, de su lengua, se resigna a los platos más simples y los demás no lo ven como realmente es. Lo quieren, sí, le piden y le hacen favores, pero no hablan con él como entre ellos, aunque algunos sean tan tontos.

—¡Manuell! ¿Traes calabacitas?

—¡Manuell!

¿Desde cuándo se llama así? ¿Cuántos años tiene en este pueblo? ¿Cuántos años hace que nació? Allá, en el fondo, está su verdadero nombre, pero no se lo ha dicho a nadie. Ni siquiera en secreto, al oído, hace muchos años, a Lu.

Termina pronto de vender y vuelve a trabajar.

Al fondo está el cuadro de las adormideras. Hermoso de ver como ninguno. Piensa en el inglés, en De Quincey, cuyas palabras ha copiado, que nunca las vio en su esplendor aéreo, llenando el aire con su frágil encanto. Es febrero, en marzo tendrá que trabajar su cosecha personal de opio, pero tampoco es trabajo: le produce placer, un intenso placer. Mientras las cultiva, las mira y escucha los susurros de corolas apretadas. Corta un capullo.

—"No me avergüenza, a mis años, ponerme una

flor.

[Flor en el pelo.

La avergonzada es la flor coronando la cabeza

de

[de un viejo."

En marzo cosechó las amapolas dobles, triples,



que la gente compraba con avidez. Pero guardó la reserva, y comenzó a destilar el espeso jugo del corazón de las flores.

Todos los años hacía eso, y lo guardaba secretamente para las noches de luna, algunas de soledad, o cuando iba a conversar, pausadamente, con los suyos.

En mayo, cuando el sol deslumbra, hace sudar, pero todavía no agobia ni adormece, llegaron ellos.

Sus tres hijos y un extraño en el camión fuerte y moderno de Ruperto:

—Estos jóvenes vienen a reclamar su herencia, su derecho sobre sus tierras...

No escuchó más. No quiso escuchar más.

Miró a sus hijos altos, fieros, extraños.

El sabía que las tierras eran de don Hernán, quien se las había dado para que las cultivara, para que en el pueblo hubiera verduras, flores, y que don Hernán no iba a dejarse quitar ni un terrón de esas tierras. Pero no se trataba de eso.

Esperó a la noche. Comenzó a fumar su larga pipa, lentamente. No habla prisa. Cuando juzgó que estaba cerca del paraíso, prendió fuego a su choza de bambú, se tendió en su cama y siguió fumando.

## 2 DE LA TARDE

*A Inés Segovia*

Esperaba el camión en la esquina de siempre. Mirando los edificios mugrientos, la gente desesperada que se golpea y se insulta, el acoso de los autos, se vio solo y el hambre que sentía se transformó en rabia. Pensó en lo que tardaría aun en llegar a su casa, por culpa de todos aquellos idiotas que se atravesaban por todas partes y no dejaban lugar en el camión que él necesitaba tomar. Tuvo, como siempre, el deseo preciso de volverse y romperle la cara al que fuera pasando: era un día igual a todos, las 2 de la tarde de un día cualquiera.

Hacía un buen rato que estaba allí parado, sintiendo arder el pavimento a través de las suelas gastadas de sus zapatos, cuando llegó la muchacha. La revisó como a todas las mujeres, del tobillo al cuello, con procaz aburrimento. No era su tipo.

El calor, el vaho sofocante de los millones de cuerpos apretujados, el cemento quemado... si al menos pudiera quitarse el saco; se abanicó con el periódico doblado. Maldito camión que no llegaba nunca. No, ni fijándose mucho; bonita podría ser, pero alta, y le faltaba gordura



donde las mujeres deben de tenerla; a él le gustaba que por delante y por detrás se vieran bien pesadas, que se sintiera que casi se les caían y que no quedaba otro remedio que meter la mano para ayudarlas, pobrecitas. Casi se rio. Volteó buscando un ejemplo de lo que pensaba, casi deseaba, pero en ese momento no había en la parada más mujer que la muchacha; sí, a lo lejos estaban dos vendedoras de tacos, gordas, envejecidas y con carnes colgantes que retemblaban a los más pequeños movimientos. Le hubiera gustado enseñárselas a la muchacha y hacerle ver que eran más deseables que ella, pero, la muchacha miraba tranquila a la gente sin prestarle atención a él, y no estaba impaciente ni siquiera acolorada. Silvio se apoyó en el arbotante y la observó de una manera ostensible, con el mayor descaro y la sonrisa más burlesca que pudo componer, pero ella pareció no sentir los ojos experimentos caminar sobre su cuerpo. Eso lo enfureció.

El camión se acercaba. Por lo menos quince personas pretendían abordarlo. El cochino del chofer lo paró a media calle, justo en medio de la doble fila de coches, bien lejos de donde estaban los que esperaban, pero ellos, como locos, se metían entre los autos y corrían a treparse. Sólo que pudieran ir pegados por las patas como las moscas. Estaban poseídos de esa furia que Silvio conocía tan bien y lo molestaba tanto porque la sabía inútil; se empujaban como si no pudieran darse

cuenta de que el camión venía repleto. Pero bueno, si se trataba de empujar, a darle, a meterse entre los bocinazos y las maldiciones, porque sí, para nada, porque eso hacen los demás. Ahora todos apelmazados frente a la puerta cerrada, golpeándola inútilmente con las manos, insultando al chofer a gritos, a sabiendas de que no abriría. La muchacha había quedado muy cerca de él; se arrimó a ella con disimulo y le pasó la mano a lo largo del muslo. Un muslo curvo, duro, una carne extraña: un contacto que no le decía nada de la otra persona ni de sí mismo. Ella lo miró a la cara y él le sonrió con una sonrisa podrida.

—Completo —dijo con una máscara de inocencia que a él mismo le pareció asquerosa.

Se encendió la luz verde y los carros gruñeron amenazantes. Había que dejar en paz el camión, y volvieron a sus lugares en la banqueta con una fidelidad cansada.

Entonces se dio cuenta de que ella lo observaba y mentalmente fue repasando su aspecto: traje azul marino, la camisa blanca un poco sucia, la corbata de flores, los zapatos negros con tacones gastados, y los calcetines a rayas rojas, azules, verdes, amarillos. Sintió vergüenza como si estuviera desnudo. Se había visto con aquellos ojos ajenos, serenos, diferentes. Enrojeció y se volvió de espaldas a ella.

Estuvo un rato mirando pasar los coches, embebido en su rencor. Era un hombre pobre, segu-



ramente no le habría parecido bien por eso, pero era mucho mejor que los señoritos que iban al Departamento a sacar la licencia de manejar, tan alicusados, tan cucos, maricas todos, y que con toda seguridad le gustarían a esa tonta que no era siquiera una mujer deseable. No debía de ser rica, pero todas las muchachas que no parecen gatas, y las que lo parecen también, quieren pescar un millonario, ir al Departamento a sacar una licencia que no sabe uno cómo les dan, pues no se ha visto nunca ni una sola que sepa estacionarse, y luego andan muy orondas atropellando cristianos. Hubo un momento en que sintió que le ardían los ojos y se le contraía el estómago, y no supo si era de cansancio y de hambre o de rabia. Tendría que demostrarle de algún modo que no le importaba lo que ella pensara. Si él llegaba a ser jefe del Departamento, aunque no fuera militar (las cosas tienen que cambiar alguna vez) prohibiría de plano que manejaran las mujeres, ¡cómo se iban a poner!, irían a chillar como ratas frente a la puerta de su despacho, y él nada más voltearía y las miraría un momento por encima del hombro, a través del vidrio, como el chofer del camión, y se volvería muy tranquilo a seguir firmando acuerdos, oficios, permisos, multas, pero a ésta cuando llegara le daría muy amable una oportunidad única, y personalmente la sometería a la prueba: reversa, fíjese en esa señal, estacionese, ¿cómo?, cinco metros

son más que suficientes, ¿no mira usted bien?, a la derecha... Cuánto se iba a divertir. Se pondría humildita, bajaría los ojos... igual que si... hay muchas a las que les da vergüenza gritar ¡peladol!, porque todo el camión se da cuenta y no más se ponen coloradas y se encogen porque en las apreturas es imposible cambiar de lugar. Pero ésta era capaz de mirarlo de frente, como hace un rato. En cambio siendo jefe y portándose tan serio como él se portaría, no tendría otro remedio que bajar la cabeza; por supuesto que no le daría licencia, la despediría correcto y seco, sin una sonrisa.

Y mirando como si fuera un hombre mucho más alto, se volvió triunfante a ver a la muchacha. No estaba en su sitio. Era indignante, no podía ser que se hubiera ido precisamente ahora que él necesitaba encontrar la satisfacción que ella o alguien le debía. Qué alivio cuando descubrió que no se había ido. Estaba un poco atrás, en el parquecillo pisoteado y sucio. Se había parado debajo de un arbolito recién plantado, un tabachín que apenas cubría su cabeza con dos ramas raquílicas que casi le rozaban la frente. Hubiera debido de ser un cuadro ridículo, tal vez lo era, pero Silvio se quedó quieto, mirándolo: la muchacha estaba erguida, imperceptiblemente echado el tronco hacia adelante, resistiendo un viento fresco y dulce que nadie más sentía; entrecerraba los ojos al respirar con deli-



cia un aire evidentemente marino, se la sentía consciente y feliz de que su pelo flotara al viento, de que la ropa se pegara a su cuerpo. Ardía en una llama sensual y pura en mitad del tiempo detenido, de un espacio increíble y hermoso.

Silvio lo sintió y miró casi sin verlos el dedo manchado de tinta de ella y los calcetines rayados de él. No tenía sentido, pero por un instante todo cabía en un paisaje marino, en un aire y un tiempo perfectos.

Cuando el camión llegó, se acercó a la muchacha, debía de tener dieciocho años, y cuidadosamente la ayudó a subir. Ella lo miró sin sorpresa y le sonrió desde aquel mismo lugar asoleado y claro, sin recuerdos ni ironías, que él había descubierto.

Y cuando ella se bajó y la vio perderse por las calles vulgares, no deseó volver a encontrarla ni amarla. Se contentó simplemente con aquella hora diferente, aquellas 2 de la tarde conquistadas.

## LOS INOCENTES

*Para Ernesto Mejía Sánchez*

Nadie me mira, ya, a los ojos. No podría decir que antes lo hicieran con frecuencia, aparte de la mirada inconscientemente sostenida que usamos cuando se habla, se pregunta y se contesta. Ninguno me pregunta nada desde hace tiempo, si estoy bien, si siento frío o calor: sabían que las vulgares preguntas de siempre hieren más que una curiosidad impúdica, que no puedo tener días buenos ni noches con sueño. No ignoran cómo son las cosas, y que ante un día resplandeciente hay que pensar primero si el hijo que recordamos tendrá ojos para verlo o las cuencas vacías, como tantos otros. No, no voy a decir que fueron insensibles. Incluso algunos que tienen un pariente en la policía o el gobierno, intentaron ayudarme, y después hubo los que me relacionaron con las familias de otros presos, pero cuando ninguno pudo darme el más pequeño informe y se fueron cerrando las bocas, comenzaron a bajar rápidamente los párpados cuando me encontraban.

Un preso político de dieciséis años. Un hijo de dieciséis años, jugoso y frágil. Eso, su hermosura era lo que lo hacía más visible y más seguran-



te escogido entre los otros. Una tarde, mirando la fotografía de su credencial de estudiante, olvidé por qué lloraba y, ante sus ojos claros y sonrientes, mi pecho se llenó del gran gozo que siempre fue amarlo, y lo besé muchas, muchas veces. Pensé que me lo estaba "comiendo a besos" y no sé por qué la maligna palabra "apetecible" vino a romperlo todo y a hacer más grande mi horror, un horror que nació en mí y que se iba ampliando vertiginosamente hasta alojarse en todo mi ser y yendo más, mucho más lejos, buscando a otros seres miserables. Me miré las manos. Las suyas son mucho más blancas y con uñas almenдрadas. Palpé mi cuerpo reseco y recordé su radiante cuerpo. Nadie era comparable a él, nadie, y los hombres entregados a sí mismos gozan con la destrucción de la belleza.

Todavía está el panadero mirando mis monedas sobre el mostrador, como si no fueran iguales a las otras.

Unas cuadras más acá Gabriel no puede evitarme, se encoge y baja la cabeza. Tengo que alzar la mano para acariciarle una mejilla tersa, sin bozo aún, y las lágrimas corren por las mías, envejecidas, mientras toco la piel suave, bruñida. Pero esta vez no me estremezco: estoy tocando la piel de Gabriel, el amigo de mi hijo, y su contacto no me hace daño, ni pensar en verdugones o llagas. Sonrío y me despidó así de él. Me alejo unos pasos y Gabriel sigue allí, en donde lo dejé.

Tengo que contenerme para no gritarle que se mueva, que está sano, que está vivo.

Pero ahora debo pensar en Lázaro, en él. La casa limpia, en orden, el paquete de la basura, dos panes en un plato, sobre la mesa, darán idea de la vida sin relieves de una mujer sola, habitante única de dos cuartitos allá lejos, en el fracccionamiento burocrático que no se hizo nunca, dos ridículos cuartitos a los que el monte va cercando cada vez más.

Sin duda vendrán hoy. No quiero que me encuentren, ya, sobrará tiempo después. En los últimos días no habían venido, no catearon ninguna casa por temor de que mataran al prisionero, pero hoy comenzaremos otra vez, de nuevo, la ruta fatigante: todos con la misma cara, la misma voz, la misma manera de golpear. Pero hay alguno que, aparte de la brutalidad, tiene un destello de exquisito placer en los ojos cuando repasa con la punta de los dedos un rostro desfigurado, mejor si es joven, mejor si fue hermoso, mejor si es el de una mujer o de un adolescente asombrado. Nunca falta alguno así. Pero tengo que irme antes de que lleguen. Hasta mañana no deben encontrarme, no me encontrarán, y después ya nada tendrá importancia.

Lázaro lo intentó todo y no pudo regresarme a mi hijo. Ahora estará más solo y más apesadumbrado que nunca, en la selva, en los pantanos, junto a sus compañeros vestidos de un verde



igual, igualmente cansados que él. Y a pesar de todo lo que hizo no logramos, ni por un instante, sentirnos hermanos.

Yo no sabía que existía, y él tampoco, quizá, sabía nada de mí. No tuvimos tiempo de aclarar eso. Sé que se llama Lázaro Echave, como mi padre y como mi hijo, y que fue por la coincidencia de nombres por lo que, aquel último día, sacaron de la casa a mi hijo en medio de los soldados. Un equívoco, aunque seamos medio hermanos. Un equívoco. Pero después, hagan conmigo lo que hagan, herida sobre herida, no sacarán de mi boca su nombre, ese amado nombre, porque ahora ya están convencidos de su error. A él no lo conozco, sigo sin conocerlo.

La casa está rosada por el tibio sol del amanecer. La miro y me gusta, tranquilamente posada y oculta entre la alta yerba. La casa que está sola y que quizá nadie vuelva a habitar. Una salita, dos cuartos, la cocina y el baño, y terreno para un huerto, un jardín y un gallinero pequeño. Ahora yo debería dedicarme a ellos, pues hace tiempo llegó mi jubilación. Hace tiempo... ¿Cuánto tiempo?, no sé, creo que ayer descubrieron que interrumpía las clases para acercarme a un niño y a otro y les acariciaba el pelo, mientras las lágrimas corrían por mi cara sin que me diera cuenta. Se asustaban, yo sé que a los niños les asustan las lágrimas, pero no lo notaba, por eso lo hacía.

No hay ningún rastro, todo está limpio y en orden, callado. Las paredes de la salita no parecen guardar un susurro, y a mi cuarto no puedo entrar, pero Lázaro me aseguró que está igual que antes, aunque eso no puede ser verdad. Me tiendo aquí, en la cama estrecha de mi hijo y me pego contra la pared, para escuchar. Cierro los ojos.

El cuarto es demasiado pequeño para esos pasos tan largos. En realidad no sé por qué es así de alto, por algún abuelo será, alguno que no conozco, del que no me hablaron. Mi hijo es mi prisionero, aquí, en mi casa. Está aquí, en ese lugar que ocupa otro. Puede caminar, quiere eso decir que no le han pasado alambres que atraviesen sus rodillas, y mira, pues se mueve seguro entre las sillas, la cómoda y la cama. No se queja. Yo he estado siempre, desde que lo trajeron, pegada a esta pared y lo he oído hablar, pero no quejarse. No le han hecho daño, no le han hecho daño. Me aseguraron que tampoco en los anteriores escondites. Cuánto bien me hace pensar esto, tanto, tanto que casi no puedo respirar, desde este rincón, rincón, rincón.

Nadie se ha dado cuenta, estoy segura, de que he comprado mejor comida que de costumbre; no, más no, pues eso hubiera sido extraño ya que nadie me visita. He ido y venido rápidamente, pues aunque Lázaro me ha asegurado que no le pasará nada, no conozco a los otros dos hombres



ni sé lo que piensan. Tres días de guisar con alegría, poniendo todas las especias, probando con la cuchara de madera. Pero no he dejado de vigilar ni un minuto, no me he entretenido en nada, he estado alerta, pendiente... nada, ni un grito, ni una palabra alta, el prisionero sabe cómo debe comportarse. Hasta pudimos dormir algo durante las noches, todos, menos el que se quedaba afuera, junto a la ventana del que fue mi cuarto. Me alegra que ni Lázaro ni los otros hombres hayan tenido qué comer.

Lo traerán o él vendrá solo, y yo cerraré los ojos mientras lo cambian por el extranjero, y oíré sus pasos, largos también, pero más suaves, y estará ante mí con sus limpios ojos claros. Mi hijo.

Días, y noches, ¿cuántas horas? Viviendo minuto a minuto, escuchando el radio continuamente, sin apenas hablar. Cuatro días de ir, como antes reteniéndome el sufrimiento, ahora ocultando la alegría. Me darán a mi hijo por el extranjero.

Me arrebujo lo más que puedo en mi gastado chal negro, quizá me vigilen, voy demasiado de prisa, bueno, a nadie puede extrañarle que esté nerviosa, se trata de mi hijo, y por fortuna nadie me pregunta nada; don José, el panadero, me aprieta con su manaza un hombro, y eso es todo.

Tengo que levantarme. No es ahora el tiempo de seguir oyendo el disparo que mató al prisionero y a mi hijo. Mientras estuvo vivo podíamos

creer que él también lo estaba. Murió porque mi hijo está muerto. No lo conocí, pero escuché el disparo, un pequeño chasquido inofensivo, mucho más real, sin embargo, que las palabras huecas de Lázaro, lo único real desde la última voz que recuerdo de mi hijo. Ya volveré a quedarme quieta, pegada a la pared, escuchando el disparo mientras vienen a buscarme, escuchándolo siempre. Siempre. Ahora tengo que ir al funeral. Dentro de muy poco las campanas comenzarán a doblar a muerto. Durante horas. Tengo que darme prisa para lograr un buen lugar en la catedral. Oficialará el arzobispo y estará el cuerpo oficial y diplomático, que darán sus pésames a las muñeras veladas que no entienden nada, como yo. Que sólo tienen un muerto. Es mucho tener lo que tengo, un féretro, un cadáver ante el cual llorar.



## LAS MUERTES

A Juan Guerrero

Lo perturbador es que se trata de un asunto estético.

No quiero que se me malinterprete: no estoy hablando del cadáver o de lo macabro, ni de justicia o asesinato. Lo comprendí esta mañana cuando me irritó el dolor y el estado nervioso de Ángela ante un hecho, por lo menos, similar. No me conmovió lo que me contó ni el que saliera apresuradamente de mi despacho para ocultar las lágrimas cuando le dije: "Eso sólo les pasa a los tontos y a los borrachos." No, no se trataba de la barbarie, sino de la forma, del *estilo* de la barbarie.

Vi a Ángela toda la mañana con sus ojos enrojecidos y sin atreverse a levantar los párpados para mirarme cuando la llamaba; vi su ancha cara siempre alegre y un tanto bobalicona, inmovilizada como una máscara, su esfuerzo por mostrarse tan eficiente como si lo que sucedió no hubiese sucedido. Y no sentí nada.

El ahogo que me obligó a alojarme la corbata y desabrochar el botón del cuello de la camisa a medida que iba leyendo los matutinos, a quitarme el saco, y después a no contestar ninguna

llamada telefónica, a no recibir a los clientes, fue aumentando al grado de no poder, simplemente, firmar, porque mis manos temblaban por una impaciencia que, en realidad, no esperaba nada.

No salí a comer. No tenía a dónde ir, con quién hablar, porque sabía que en ese momento todo el mundo comentaba el hecho, así o así, no importa: como seres racionales, poseedores de una estructura mental, por mínima que fuera, pero con la que podían ser consecuentes, fría o apasionadamente consecuentes; todos esos seres se agulan comiendo, trabajando, habían dormido la noche anterior. Me sacaba de quicio sólo imaginar el tono y las opiniones de los cercanos a mí, de los que amo.

A las cuatro de la tarde no pude más. Salí de la oficina y le dije a Ángela al pasar "puede tomarse la tarde", sin volver la cara hacia ella.

Desde esa hora estoy caminando y me he detenido solamente para leer las notas que sobre el asunto traen los periódicos. En todas las ediciones se habla casi exclusivamente de ello, *precisamente* para agotarlo y que ya no haya más noticias mañana. Esto fue lo primero que percibí.

Después, ya muy cansado, noté que no se me ocurrió buscar si había algo sobre lo del cuñado de Ángela. Ni aun entonces sentí la necesidad de tomar un teléfono y preguntar si estaba muerto o no. Y sin embargo, yo le tengo afecto, más del que generalmente expreso, a esa mujer. Apreté



contra mi costado los periódicos.

En mi casa, dentro de mi propia casa hablan irrumuido e invadido todo de horror: el cadáver desnudo, hinchado, cosido en línea recta del vientre a la garganta, después de haber sido abierto en canal. Un cadáver que se exhibe por todos lados para que se vea que no tiene balazos.

Cualquier ser sensato hubiera apagado su televisor. Yo no hice eso.

Nunca he estado en un palenque. Sé de ellos lo que todo el mundo ha visto en viejas películas cuyo nombre nadie recuerda. Ignoro el ambiente y la excitación, lo que de fascinante pueda tener una pelea de gallos. Sólo sé que allí, quien sabe por qué, un hombre le dio a otro, al cuñado de Ángela, cuatro balazos en el vientre. Una muerte anacrónica, si es que ha muerto. Y absurda.

En cambio esta otra es lógica, natural: se trata de un guerrillero alzado en armas contra el gobierno.

## ORFANDAD

*A Mario Camelo Arredondo*

Creí que todo era este sueño: sobre una cama dura, cubierta por una blanquísima sábana, estaba yo, pequeña, una niña con los brazos cortados arriba de los codos y las piernas cercenadas por encima de las rodillas, vestida con un pequeño batoncillo que descubriría los cuatro muñones.

La pieza donde estaba era a ojos vistas un consultorio pobre, con vitrinas anticuadas. Yo sabía que estábamos a la orilla de una carretera de Estados Unidos por donde todo el mundo, tarde o temprano, tenía que pasar. Y digo estaba porque junto a la cama, de perfil, había un médico joven, alegre, perfectamente rasurado y limpio. Esperaba.

Entraron los parientes de mi madre: altos, hermosos, que llenaron el cuarto de sol y de bullicio. El médico les explicó:

—Sí, es ella. Sus padres tuvieron un accidente no lejos de aquí y ambos murieron, pero a ella pude salvarla. Por eso puse el anuncio, para que se detuvieran ustedes.

Una mujer muy blanca, que me recordaba vivamente a mi madre, me acarició las mejillas.

—¡Qué bonita es!



—¡Mira qué ojos!

—¡Y este pelo rubio y rizado!

Mi corazón palpité con alegría. Había llegado el momento de los parecidos, y en medio de aquella fiesta de alabanzas no hubo ni una sola mención a mis mutilaciones. Había llegado la hora de la aceptación: yo era parte de ellos.

Pero por alguna razón misteriosa, en medio de sus risas y su parloteo, fueron saliendo alegremente y no volvieron la cabeza.

Luego vinieron los parientes de mi padre. Cerré los ojos. El doctor repitió lo que dijo a los primeros parientes.

—¿Para qué salvó eso?

—Es francamente inhumano.

—No, un fenómeno siempre tiene algo de sorprendente y hasta cierto punto chistoso.

Alguien fuerte, bajo de estatura, me asió por los sobacos y me zarandó.

—Verá usted que se puede hacer algo más con ella.

Y me colocó sobre una especie de riel suspendido entre dos soportes.

—Uno, dos, uno, dos.

Iba adelantando por turno los troncos de mis piernas en aquel apoyo de equilibrista, sosteniéndome por el cuello del camisoncillo como a una muñeca grotesca. Yo apretaba los ojos.

Todos rieron.

—¡Claro que se puede hacer algo más con ella!

—¡Resulta divertido!

Y entre carcajadas soeces salieron sin que yo los hubiera mirado.

Cuando abrí los ojos, desperté.

Un silencio de muerte reinaba en la habitación oscura y fría. No había ni médico ni conserje ni carretera. Estaba aquí. ¿Por qué soñé en Estados Unidos? Estoy en el cuarto interior de un edificio. Nadie pasaba ni pasaría nunca. Quizá nadie pasó antes tampoco.

Los cuatro muñones y yo, tendidos en una cama sucia de excremento.

Mi rostro horrible, totalmente distinto al del sueño: las facciones son informes. Lo sé. No puedo tener una cara porque nunca ninguno me reconoció ni lo hará jamás.



## APUNTE GÓTICO

*Para Juan Vicente Melo*

Cuando abrí los ojos vi que tenía los suyos fijos en mí. Mansos. Continuó igual, sin moverlos, sin que cambiaran de expresión, a pesar de que me había despertado.

Su cuerpo desnudo, medio cubierto por la sábana, se veía inmenso sobre la cama. La vela permanecía encendida encima de la mesita de noche del lado donde él estaba, y su luz hacía difusos los cabellos de la cabeza vuelta hacia mí, pero a pesar de la sombra sus ojos resplandecían en la cara. La claridad amarillenta acariciaba el vello de la cóncava axila y la suave piel del costado izquierdo; también hacía salir ominosamente el bulto de los pies envueltos en la tela blanca, como si fueran los de un cadáver.

La tormenta había pasado. El hubiera podido apagar la vela y enviarme a dormir en mi cama, pero no lo hacía. No se movió. Siguió con el tronco levemente vuelto hacia la derecha y el brazo y la mano extendidos hacia mí, con el dorso vuelto y la palma de la mano abierta, sin tocarme: mirándome, reteniéndome.

Mi madre dormía en alguna de las abismales habitaciones de aquella casa, o no, más bien ha-

bla muerto. Pero muerta o no, él tenía una muerte, otra, eso era lo cierto. Era la causa de que mi madre hubiera enloquecido. Yo nunca la he visto.

Vi la blanca carne del brazo tendido hacia mí, tersa, sin un pelo, dulce y palpitando con el vaivén de la flama. Los dedos ligeramente curvos sobre la mano ofrecida apenas: abierta. Hubiera querido poner un pedacito de mi lengua sobre la piel tibia, en el antebrazo.

Tenía los ojos fijos en mí, tan serenos que parecía que no me veía. Llegué a pensar que estaba dormido, pero no, estaba todo él fijo en algo mío. Ese algo que me impedía moverme, hablar, respirar. Algo dulce y espeso, en el centro, que hacía extraño mi cuerpo y singularmente conocido el suyo. Mi cuerpo hipnotizado y atraído.

Ese algo que podía ser la muerte. No, es mentira, no está muerto: me mira, simplemente. Me mira y no me toca: no es muerte lo que estamos compartiendo. Es otra cosa que nos une.

Pero sí lo es. Las ratas la huelen, las ratas la rodean. Y de la sombra ha salido una gran rata erizada que se interpone entre la vela y su cuerpo, entre la vela y mi mirada. Con sus pelos hirutos y su gran boca llena de grandes dientes, prieta, mugrosa, costrosa, Adelina, la hija de la fregona, se trepa con gestos astutos y ojos rojos fijos en los míos. Tiene siete años pero acaba de salir del caño, es una rata que va tras de su presa.



Con sus uñas sucias se aferra al flanco blanco, sus rodillas raspadas se hincan en la ingle, metiéndose bajo la sábana. Manotea, abre la bocaza, su garganta gotea sonidos que no conozco. Se arrastra por su vientre y llega al hombro izquierdo. Me hace una mueca. Luego pasa su cabezota por detrás de la de él y se queda ahí, la mitad del cuerpo sobre un hombro, la cabeza y la otra mitad sobre el otro, muy cerca del mío. Con las patas al aire me enseña los dientes, sus ojillos chispean. Ha Llegado. Ha triunfado.

Ahora sí creo que mi padre está muerto. Pero no, en este preciso instante, dulcemente, sonrío: complacido. O me lo ha hecho creer la oscilación de la vela.

## RÍO SUBTERRÁNEO

*Para Huberto Batis*

Me vivido muchos años sola, en esta inmensa casa, una vida cruel y exquisita. Es eso lo que quiero contar: la crueldad y la exquisitez de una vida de provincia. Voy a hablar de lo otro, de lo que generalmente se calla, de lo que se piensa y lo que se siente cuando no se piensa. Quiero decir todo lo que se ha ido acumulando en un alma provinciana que lo pule, lo acaricia y perfecciona sin que los sospechen los demás. Tú podrás pensar que soy muy ignorante para tratar de explicar esta historia que ya sabes pero que, estoy segura, sabes mal. Tú no tomas en cuenta el río y sus avenidas, el sonar de las campanas, ni los gritos. No has estado tratando, siempre, de saber qué significan, juntas en el mundo, las cosas inexplicables, las cosas terribles, las cosas dulces. No has tenido que renunciar a lo que se llama una vida normal para seguir el camino de lo que no comprendes, para serle fiel. No luchaste de día y de noche, para aclararte unas palabras: tener destino. Yo tengo destino, pero no es el mío. Tengo que vivir la vida conforme a los destinos de los demás. Soy la guardiana de lo prohibido, de lo que no se explica, de lo que da vergüenza,



y tengo que quedarme aquí para guardarlo, para que no salga, pero también para que exista. Para que exista y el equilibrio se haga. Para que no salga a dañar a los demás.

Esto me lo enseñó Sofía, a quien se lo había enseñado Sergio, quien a su vez se lo planteó al ver enloquecer a su hermano Pablo, tu padre. Siento que me tocó vivir más allá de la ruptura, del límite, en ese lado donde todo lo que hago parece, pero no es, un atentado contra la naturaleza. Si dejara de hacerlo cometería un crimen. Siempre he tenido la tentación de huir. Sofía no, Sofía incluso parecía orgullosa, puesto que fue capaz de construir para la locura. Yo solamente hago que sobreviviera.

Para que no tengas que venir a verlo trataré de explicarte lo que Sofía hizo con esta casa que antes fue igual a las otras. Es fácil reconocerla porque está aislada, no tiene continuidad con el resto: por un lado la flanquea el gran baldío en el que Sergio no edificó, y por el otro las ruinas, negras, de la casa de tu padre. Fuera de eso se ve una fachada como tantas otras: un zaguán con tres ventanas enrejadas a la derecha y tres a la izquierda. Pero dentro está la diferencia.

Es una casa como hay muchas, de tres corredores que forman una U, pero en el centro, en lugar de patio, ésta tiene una espléndida escalinata, de peldaños tan largos como es largo el portal central con sus cinco arcos de medio punto. Baja

lentamente, escalón por escalón, hace una explanada y luego sigue bajando hasta lo que en otro tiempo fue la margen del río cuando venía crecido. No te puedes figurar lo hermosa que es.

A la altura de la explanada fueron socavadas cuatro habitaciones; dos de cada lado de la escalinata, así que quedaron debajo de los corredores laterales y parece que siempre estuvieron allí, que soportan la parte de arriba de la casa. Quizá esa verdad. Estas cuatro habitaciones están ricamente artesonadas: Sofía pensó que ya que no podía tener comodidades tu padre, ni siquiera muebles, debía disfrutar de algún lujo extraordinario. Son cuatro habitaciones, pero en realidad se ha usado únicamente una, la primera a la izquierda, según se baja al río. No he dejado de pensar en la razón que movió a Sofía para hacer que construyeran cuatro, una para cada uno de nosotros, o si simplemente las necesidades de proporción de la escalinata y la explanada en que están colocadas necesitaron de ese número.

En una de ellas estuvo tu padre cuando a Sergio y a Sofía les pareció que debían construir aquí un lugar para él, un lugar únicamente suyo en el mundo. Ninguno de ellos salió de aquí para traerlo, pero luego cuidaron de él sin escatimar ningún dolor. Escucharon atentamente sus gritos inhumanos, se centraron en ellos.

Que escapara del cuarto artesonado no fue culpa de nadie. Posiblemente pienses que alguien



dejó la puerta abierta o la llave al alcance de su mano, pero si hubieras visto alguna vez la llagada del río crecido, oído cómo su ruido terrestre como un sismo llena el aire antes de que puedas ver la primera y terrible ola que arrastra ya casas, ganado, muertos, sabrías que él tuvo que salir de ese cuarto como el río de su cauce, y destruir y destruirse para que la vida otra, ajena y la misma, tu vida quizá, pueda volver a empujar.

Si entendieras esto sabrías que el que incendiará una casa, la que le habían heredado, no fue una casualidad, ni que el que él muriera entre sus llamas lo es. Tú, por ejemplo, puedes encarregar a alguien que venda ese baldío, pero pensar que aquí hay una casa a tu nombre, te haría venir. Por esto no será para ti esta otra que habitamos ahora, eso lo arreglé yo. Pero sí te pertenece el terreno de Sergio porque no tienes que verlo.

No quiero relatarte la muerte de tu padre, tampoco la de Sergio, sólo sugiero que aprendas a verlas de otra manera, y para ello te estoy contando esto otro, la vida que tuvimos.

Se podía sentir, a la luz del quinqué, bajo la piel pálida de las comisuras móviles, en la quietud férrea de las manos sobre el regazo, un opaco zumbido de lucha que llenaba el silencio de la sala, de la casa, de la noche. Ellos eran mis hermanos, pero yo aún no entendía. Eran más bien herma-

nos, muy hermanos entre sí. No tenían ningún parecido físico, aparte del cuerpo delgado y la piel que parecía transparente en los párpados. Sin embargo, ellos sacaban el acuerdo de la diferencia aparente: el ritmo al que se movían; las manos; los profundos ojos extáticos, encharcados, les daban una semejanza muy grande, por encima de los rasgos y colores. También su edad y su educación eran diferentes, pero nadie lo hubiera creído.

Ese voluntario parecido fue una defensa que levantaron. Pero ya te dije que no te hablaré de esa lucha más de lo estrictamente necesario. En realidad todo comenzó antes de que yo pudiera entenderlo y te lo transmitiré de acuerdo con mis recuerdos, no con el tiempo ni los razonamientos.

La noche del saqueo para nosotros transcurrió de un modo diferente que para los demás: nos quedamos ante la ventana de par en par, mirando hacia afuera, y nuestro zaguán fue el único que nadie golpeó porque Sergio, en cuanto oyó los gritos que venían por el camino de la Bebelama, fue, caminando despacio, y lo abrió, encendió las luces por toda la casa, revisó su corbata ante el espejo del corredor, y se colocó, con la espalda negligentemente pegada al marco de la ventana, a esperar; Sofía fue a sentarse en el poyo y no cruzaron palabra.



Yo les vi entrar a la plaza: a pie, a caballo, gritando y disparando, rompiendo las puertas, riendo a carcajadas, sin motivo, y tuve miedo; me acerqué a Sofía, le tomé una mano y ella me sonrió y me sentó a su lado; luego se volvió para seguir mirando.

A empellones sacaron al señor cura por las arcadas de la sacristía. Me dio dolor ver su cara pálida y desencajada pasar de la luz a la sombra, de una risotada a un golpe, a una palabrota, tropezando con las macetas, haciendo chillar a los canarios. Si la ves ahora, de mañana, esa misma sacristía con arcos, no te lo podrás imaginar. Sólo frente a las llamas se ve el lugar tan grande que ocupa la sombra de un hombre.

—Éstos sólo quieren el dinero. Pero a él le gusta hacerse el mártir. Detesto a los mártires—dijo Sergio—. Yo sentí su desprecio hacia aquella cara pálida, conocida, que hablamos visto todos los días, desde que nacimos, y que sufría. Me estremecí violentamente, Sofía apretó mis dedos con firmeza y me puso la otra mano en el hombro.

Cuando entraron en nuestra casa, yo temí que advirieran la curiosidad casi irónica en los ojos de Sergio, y hubo uno que se le plantó enfrente y estuvo a punto de decir algo. Si Sergio hubiera sonreído o cambiado, no sé, pero él siguió igual, mirando al otro con sus ojos con un punto dorado en el centro, y el otro se fue y acuchi-

lló un sofá. Todavía está aquí, desteñido y con la borra de fuera, y es muy sedante mirarlo, no sé por qué, quizá porque no grita y está igual desde hace treinta años.

Ahora me imagino que debimos de parecer un retrato de familia, los tres en el marco de la ventana, pero en ese momento fue la primera vez que sentí que estábamos, yo también, aparte, y que no podían tocarnos.

Del otro lado de la plazuela, Rosalia chillaba y un hombre la perseguía. Más que los balazos, se oían los chillidos de las mujeres, muy agudos. De nuestra casa se fueron pronto en realidad, porque nada estaba bajo llave. Eso Sergio lo debió hacer días antes y sin que lo notáramos, o quizá mientras encendía todas las luces, como si diéramos una gran fiesta. Salieron pronto, sin hablarnos, y lo que se llevaron lo fueron dejando abandonado por las cantinas y las calles, pero nosotros nunca hicimos nada por recuperarlo, se entendía que ya no era nuestro.

—Creí que sería otra cosa—dijo Sergio, cuando comenzó a hacerse el silencio y una luz plomiza en el cielo me dio náusea. Al pasar, acarició el quinqué—. Qué bueno que nadie vio lo hermosa que es su luz rosada—dijo.

Cerró la puerta y nos fuimos a dormir.

En las noches siguientes, mientras pasaban las rondas y se oían los "quién vive", algún disparo y los perros, Sergio le explicaba a Sofía las di-



ferentes fiestas de los diferentes dioses. "El desorden sagrado", recuerdo que dijo, y cosas así. Podría citarte más frases, pero las frases no importan. Es extraño que lo que le dolía de aquella noche no era ni lo del señor cura, ni lo de Rosalía, ni lo de los colgados, era que la alegría de aquellos hombres era falsa, que se equivocaban, que en lugar de aquellas carcajadas huecas hubieran debido gritar, dar de alaridos, y matar, y robar, con verdad, con dolor, "porque era lo más parecido a una fiesta". Y era verdad que estaba triste por aquellos hombres.

No aprendimos de revoluciones por aquella revolución, sino de cultos, de ritos y de dioses antiguos. Fue así como él nos enseñó tantas cosas: para entender otras, pero no las semejantes, sino las que podían explicarnos.

Él podía decirte, por ejemplo, que tu madre lo era por haberte parido, pero que una verdadera madre es la que te *escoge* después, no por ser un niño, sino por ser como eres; por eso encontraba natural que una reina odiara o despreciara a su hijo desde chico. Por ahí leímos historia de Francia, lo recuerdo bien.

En realidad Sofía y yo estudiábamos de lo que se iba ofreciendo —como tema o como ejemplo— y él hablaba de ello con nosotras por la noche, sin plan, sin ton ni son. No era un profesor, ni le gustaba escucharse, buscaba titubeando, rehacía argumentaciones; ya te lo dije: rastreada, a veces

delante de nosotras, en voz alta. Pero las noches en que estaba callado y sombrío, ¿qué buscaba? A la luz del quinqué oí hablar de ti, de Pablo, tu padre, que se fue siendo tan joven que yo apenas podía recordarlo. Tú eras un bebé y tu padre estaba ya en un sanatorio. No te conocí. No te acerques ahora a él. Recuerda que no es más que un muerto.

También oía hablar de la escalinata. La llama no parpadeaba, se mantenía quieta, y su claridad tenue ponía tonos cálidos en la piel pálida de mis hermanos. Sofía cosía o bordaba, mientras Sergio sostenía un libro en las manos; a veces leía un poco. Los oí hablar en voz baja de ustedes, de la locura, como si todos fueran recuerdos. Sofía recibía las cartas por la mañana, pero acostumbraba esperar hasta la noche para contarnos suavemente, como si fuera una vieja historia, que Pablo tenía trastornos muy extraños o que se había hecho necesario internarlo en un manicomio.

—Pablo siempre fue alegre, ruidoso, le gustaba cantar y levantar en vilo a nuestra madre para darle vueltas y que diera gritos mientras él reía. Alegre y fuerte, muy fuerte. O quizá lo velamos así porque era mucho mayor. Pero ahora dicen que se ha tornado violento, que hay momentos en que destruye todo lo que encuentra, y que quiere matar. La fuerza y la alegría juntas, mas una exasperación que corrompa y desvirtúe la alegría, pueden transformarse en violencia, ¿o es



la cólera sola la que se apodera y enceguece toda la vitalidad de un hombre? ¿De dónde viene esa cólera y por dónde se filtra, desde qué lugar acecha? Cae sobre él como un rayo, lo posee como un demonio y él no es más que él mismo, y hay que encerrarlo en lugar seguro, en un manicomio, donde hay gente que conoce ese deseo de destrucción y que no le teme.

Así contaba las noticias. Sergio callaba y ella seguía hablando, lo interrogaba dulcemente hasta que él principiaba a hablar de la locura, de la escalinata, o de las cosas o las personas, siempre en un tono amable y como si ellos estuvieran aparte y lejos.

Después, cuando crecí un poco más y Sofía me instruyó, supe que ella empleaba todo el día para buscar el modo, las palabras para decir las cosas, tomando siempre en cuenta, en primer lugar y antes que nada, la angustia de Sergio.

—Hay que contenerse. Ser consciente, perfectamente lúcidos, dar a los hechos, los sentimientos y los pensamientos la forma adecuada, no dejarse arrastrar por ellos, como se hace comúnmente. Sergio me hablaba de eso en sus cartas, desde Europa, antes de regresar, y entonces era nada más la necesidad de ajustarlo todo a proporciones humanas, porque la desmesura es siempre más poderosa que el hombre; era una disciplina personal, casi un juego, pero cuando me habló de su angustia, de que se le metía en el

pecho y no lo dejaba pensar, ni respirar, porque lo iba invadiendo, poseyendo desde esa herida primera que es igual a un cuchillo helado en un costado del pecho, comprendí que a eso debía aplicarse todo lo que sobre la importancia de la forma me había enseñado, y así entre los dos buscamos las palabras tibias que calientan la herida, y nos prohibimos cualquier expresión desacompañada, porque el primer grito dejaría en libertad a la fiera.

Aunque en aquella época yo todavía iba a la escuela y visitaba a mis primas, me di cuenta desde el primer momento de que no debía emplear el lenguaje de mis hermanos, ni aludir jamás a las conversaciones que había en casa. "¿Por qué no van nunca a las fiestas?", me preguntaban los parientes. "No se deben dejar abatir por la desgracia de Pablo", agregaban. Yo no podía decirles que ellos no se dejaban abatir, sino que al contrario, estaban alerta, y no podían desperdiciar ni un instante su atención porque debían estar en guardia precisamente contra esa desgracia.

"¡No! ¿Por qué Sergio? El médico puede decir lo que quiera, porque es un triste médico de pueblo. Todo quiere simplificarlo, cree que lo que Sergio tiene es melancolía, ignora lo que es la angustia.

"Sergio decía: 'Quiero encontrar una cosa ter-



sa, armónica, por donde se deslice mi alma. No estos picos, estas heridas inútiles, este caer y levantarse; más alto, más bajo, chueco, casi inmóvil y vertiginoso. ¿Te das cuenta? Siento que me caigo, que me tiran, por dentro, ¿entiendes?, me tiran de mí mismo y cuando voy cayendo no puedo respirar y grito, y no sé y siento que me acuchillan, con un cuchillo verdadero, aquí. Lo llevo clavado, y caigo y quedo inmóvil, sigo cayendo, inmóvil, cayendo, a ningún lugar, a nada. Lo peor es que no sé por qué sufro, por quién, qué hice para tener este gran remordimiento, que no es de algo que yo haya podido hacer, sino de otra cosa, y a veces me parece que lo voy a alcanzar, alcanzar a saber, a comprender por qué sufro de esta manera atroz, y cuando me empino y voy a alcanzar, y el pecho se me distiende, otra vez el golpe, la herida y vuelvo a caer, a caer. Esto se llama la angustia, estoy seguro.

“¿Qué tiene que ver esto con la melancolía? Yo puedo entenderlo, sentir en mí la angustia de mi hermano cuando habla de la caída y sus dedos se enfrían de golpe y se quedan pegados a los míos con un sudor de agonía idéntico al sudor de mi madre aquella tarde en que le enjuagué la frente y ya no lo sintió. Si la angustia y el remordimiento gratuito son la locura, todo es demasiado fácil y resulta monstruosamente injusto que Sergio sufra tanto por nada. La locura sería entonces no más que un desajuste, una tontería,

una pequeña desviación de camino, apenas perceptible, porque no conduce a ninguna parte; algo así como una rápida mirada de soslayo. No puede ser. ¿Por qué Sergio?

“Le hace falta apoyo. Algo real, material, a lo que pueda agarrarse.”

Así inventó Sofía la escalinata, o más bien, hizo que Sergio la inventara. Los obligó a imaginarla, y después a calcular, a medir peldaño por peldaño la proporción, el terreno, el declive, el peso de la casa, que debía quedar allá arriba, firme, como si ella y la escalinata fueran la misma cosa y pudieran vivirse al mismo tiempo.

Ellos lograron en parte su propósito. Es verdad que cuando entras a la casa y atraviesas por primera vez el pasillo y el portal, te detienes al borde de la escalinata como al borde de un abismo, con el pequeño terror de haber podido dar un paso más, en falso. Pero al ahogar ese pequeño grito que nunca se ha escuchado y que sólo parece el ruido del corte brusco de la respiración, todos los visitantes han tratado de expresar asombro y no miedo. ¿Por qué miedo? Asombrarse en cambio es natural, pues no esperaban encontrar *eso* ahí, es decir, el patio que se ha hecho escalinata sin que nadie sepa por qué y, principalmente — todos han dicho lo mismo — porque la belleza y la armonía siempre asombran, cortan el



aliento. Belleza y armonía sacó Sofía de la angustia de Sergio, para que él supiera que las tenía, que estaban en él a pesar de la angustia, pero tal vez también para verlas ella misma y dar a todos una prueba palpable, material, de que el cerebro de su hermano funcionaba mejor que el de todo el pueblo junto, pues es cierto que entre todos no hubieran podido crear esa bellísima, suave pendiente blanca, que baja hasta la antigua margen del río con más elegancia que la de una colina. No, Sofía no pensaba en el pueblo, no quería demostrar nada al pueblo, pues cuando le preguntaron sobre la escalinata, ¿para qué?, se limitó a alzarse de hombros e ignoró la pregunta. Sin embargo, jamás desechó la oportunidad de que cualquiera fuera a ver la escalinata, y espí siempre con satisfacción el momento en que la respiración se cortaba.

"Sin levantar los párpados puedo mirarlo, contemplar su cuerpo delgado recortado contra los arcos. Sin dejar de bordar lo miro hacer como que ve a los obreros que trabajan. Se queda con los ojos fijos y sé que tiene las manos heladas. Son las cinco de la tarde, ha terminado la hora de la siesta, pero él no ha dormido, hace mucho que no sabe lo que es dormir; se tira en la cama y mira el techo con los ojos muy abiertos y vacíos. Son las cinco de la tarde y estamos en junio,

el sol todavía está alto y cae sobre él con su luz que anula, con su calor que destroza, pero Sergio no se da cuenta, está allí, parado, haciendo como que mira a los obreros, impecablemente vestido de lana gris y con una corbata plastrón. Cuánto esfuerzo. Quizá en eso consista: en llevar el esfuerzo hasta un límite absurdo, buscando con firmeza lo que está al otro lado del límite. Tenía que levantarse de la cama, salir del cuarto e inspeccionar los trabajos, tenía que hacerlo y no lo olvidó cuando estaba con los ojos fijos en el techo. ¿Cómo pudo recordarlo? ¿Cómo arrancarse de ese punto fijo? Ni yo misma sé lo que cada día le cuesta eso, pero lo hace, y más, mucho más: se baña, se viste, se peina, se perfuma como si la cita con ese pequeño deber fuera con el deber personificado. Y ahora se está ahí, aplastado por el sol sin saberlo, es decir, intacto, mirando sin mirar. Pero esta noche, cuando yo se lo pida, se lo suplique, se lo exija, sabrá cuánto se ha avanzado, por dónde, y si el trabajo va bien. Mañana en la mañana lo obligaré de nuevo a bajar hasta el río para que vuelva a calcular el problema del suelo arenoso. Es cruel, cruel para mí verlo entre cerrar los ojos como si lo estuviera pinchando, verlo apretar la boca, o mantener la frente lisa a punta de voluntad, para demostrarme que no sufre. Sí, mantiene tersa la frente para tranquilizarme.

"Sergio, si te es tan fácil calcular, si con incli-



narte y palpar la tierra la reconoces, si al mirar el río, de pronto, aunque apenas, sonrías, ¿por qué no lo haces siempre, todos los días?

"No, entiendo, no quiero que aceptes las cosas como son, porque ahí están, quiero que estés tú entre ellas, para eso, para nombrarlas, para sonreírles, Sergio: ¡Miramel... Perdona, ya sé que me reconoces, pero me da miedo, un miedo mortal pensar que un día no me prestes atención, como a los árboles, como a los albañiles... y sin embargo, por la noche, si te atormento, sabes exactamente lo que hicieron y si estaba bien o mal. Es otra clase de atención, me dijiste. ¿Con qué miras?... Sergio: ¡miramel!"

Sofía hizo bien en no permitir que a Sergio lo vieran los médicos. De tu padre sé poco, no lo vi antes, ni cuando comenzó. Quizá él sí era un loco de médicos, pero ellos sabían tan poco de su mal que le permitieron venir y contagiar a los hermanos que no se parecían a él, que eran hermanos entre sí. Sergio enloqueció como él cuando lo vio, cuando quiso entenderlo. No es que tuviera piedad, lástima tonta, solamente quería entender. Pero es seguramente ése el camino justo que la locura misma ha trazado para sus verdaderos elegidos. Es necesario oír los gritos, los alaridos, sin pestañear, como hacía Sergio sin cansancio durante el día y la noche. Habría que haber pensado en otra cosa. En cambio Sergio se quedaba fijo en el alarido bestial que recorría

el silencio, que se extendía por la superficie de la noche. Sí, eso sí lo sé: no la penetraba; la locura de tu padre gritaba para sí misma, no le gritaba a nada.

Si no lo hubieran hecho traer... Por lo menos Sergio no habría aprendido ese grito. El que lo perdió. El grito, el aullido, el alarido que está oculto en todos, en todo, sin que lo sepamos.

Riego con movimientos lentos las plantas todas las tardes para no inquietarlo, para que no se despierte en Sofía, que ahora ocupa el cuarto arresonado que fuera de Pablo y Sergio. Ella lo lanza y lo escucha, yo continué regando mis plantas. Comprendo que tiene que lanzarlo, pero yo no debo tratar de entenderlo. No debo por ti, para que nunca tengas que venir, para que no te veas obligado a esta vigilancia que termina cuando no hay por quién resistir. No vengas nunca.

Aun cuando te digan que yo dejé de guardar, de estar atenta sin entregarme, aun entonces, no vengas. No quieras comprender. Sólo a ti te diré que quizá me he sostenido porque sospecho, con temblor y miedo, que lo que somos dentro del orden del mundo es explicable, pero lo que nos toca a nosotros vivir no es justo, no es humano y yo no quiero, como quisieron mis hermanos, entender lo que está fuera de nuestro pequeño orden. No quiero, pero la naturaleza me acecha.

Porque en realidad, explicar: ¿qué explica un loco? ¿qué significa? Ruge, arrasa como el río,



ahoga en sus aguas sin conciencia, arrastra las bestias mugientes en un sacrificio ancestral, ahacinado, buscando en su correr la anulación, el descanso en un mar calmo que sea insensible a su llegada de furia y destrucción. ¿Qué mar?

Recoge su furia en las altas montañas, se llena de ira en las tormentas, en las nieves que nunca ve, que no son él, lo engendran viento y aguas, nace en barrancos y no tiene memoria de su nacimiento.

La paz de un estuario, de un majestuoso transcurrir hacia la profundidad estática. No balbucir más, no gritar, cantar por un momento antes de entrar en la inmensidad, en el eterno canto, en el ritmo acompasado y eterno. Ir perdiendo por las orillas el furor del origen, calmarse junto a los álamos callados, al lamer la tierra firme, y dejarla, apenas habiéndola tocado, para lograr el canto último, el susurro imponente del último momento, cuando el sol sea un igual, el enemigo apaciguado del agua inmensa que se rige a sí misma.

Desconfiado, ceñudo consigo mismo, enemigo de todo, se entrega al fin, en paz y pequeño, reducido a su propia dimensión, a la muerte. Apenas aprendió a morir matando, sin razón, para alcanzar conciencia de sí mismo, en instantes apenas anteriores al desprenderse de su origen, de la historia que no recuerda, apaciblemente poderoso antes de entregarse, tranquilo y enor-

me, ensanchado, imponente ante el mar que no lo espera, que indiferente murmura y lo engulle sin piedad.

Aguas, simples aguas, turbias y limpias, resacas rencorosas y remansos traslúcidos, sol y viento, piedras mansas en el fondo, semejantes a riberas fértiles, flores, pájaros y tormentas, fuerza, furia y contemplación.

No salgas de tu ciudad. No vengas al país de los ríos. Nunca vuelvas a pensar en nosotros, ni en la locura. Y jamás se te ocurra dirigirnos un poco de amor.



## AÑO NUEVO

*A la Vita*

Estaba sola. Al pasar, en una estación del metro de París vi que daban las doce de la noche. Era muy desgraciada; por otras cosas. Las lágrimas comenzaron a correr, silenciosas.

Me miraba. Era un negro. Íbamos los dos colgados, frente a frente. Me miraba con ternura, queriéndome consolar. Extraños, sin palabras. La mirada es lo más profundo que hay. Sostuvo sus ojos fijos en los míos hasta que las lágrimas se secaron. En la siguiente estación, bajó.

## EN LONDRES

*Para Francisco Matsumoto*

Habremos de haber llegado a Londres en el verano de 1911. ¿Al principio? ¿Cuando terminaba llovía mucho. Y en lo que tardamos en desaduar nuestras cosas y en encontrar un departamento amplio y un poco claro, en un barrio más bien pobre, ya estábamos en otoño. Lo recuerdo porque inmediatamente me di cuenta de que aquí todo marcha claramente hacia el fin. El tiempo es una constante amenaza de destrucción y de muerte.

Un domingo, cuando ya nos habíamos instalado, vi aquella pareja en Hyde Park. Era un otoño frío pero ligero; el aire lo hacía a uno respirar profundamente la humedad ya un poco corrompida, y sentirse como si fuera a volar. Todo era color plomo y sepia, semejante a algunas estampas que yo había visto. Iban apretados uno contra el otro, tomados de las manos, mirándose incansablemente a los ojos, ajenos a todo lo que les rodeaba y pensé, no sé por qué, que aquello no podía durar, que el otoño próximo todo habría cambiado y no sería, de ninguna manera, para ellos igual. En Chapultepec uno no piensa, *siempre* que una pareja de enamorados sigue, para



siempre, en medio del verdor impercedero.

—¿Son de naturaleza diferente a la nuestra—pregunté en voz alta.

—Pobrecilla, tiene frío —dijo mi hermano mayor rodándome con su brazo—, es necesario comprarle más ropa de abrigo.

No contesté. Estaba acostumbrada a este preguntarle una cosa y que se interpretara otra. Comprendía bien que era mía la culpa.

Por otra parte, yo ya no era una niña. Era huérfana, siempre lo fui, porque no recuerdo a mis padres. Mis hermanos habían estudiado en Londres, en otros tiempos, y tenían relaciones aquí. Mis hermanas hablaban y escribían tres idiomas, eran bonitas y poseían una caligrafía aristocrática que era muy apreciada. Todos se colocaron bastante pronto, bueno, bastante, en unos meses, en una estación quizá. Sí, en una estación, porque, cuando las grandes nieblas, ellos traían la leche y el pan. Yo casi no salía.

—¿Quieres que llevemos tu piano? —me habían preguntado allá, al venirnos.

Yo me avergoncé de que fuera tan voluminoso, de media cola, y de que fuera mío.

—Compraré un canario —respondí.

Y lo compré, pero él hacía lo que podía y no lo que yo quería hacer: tocar, a solas, un poco de Bach, de Mozart. Pero aun cuando las cosas

iban mucho mejor económicamente, no me atreví a pedir un piano, a pesar de que en las tiendas de trebejos veía algunos verticales medio desvencijados que sonaban bien, y que con una manita...

No se habló de si yo debía o podía trabajar.

—Es tan tímida... —dijo cansadamente una de mis hermanas.

No, no era ésa la palabra, quizás no existía, pero siempre que fracasaba, que no me daba a entender, era costumbre que alguno de ellos acudiera a ella.

Así que me quedé a atender los menesteres de la casa. Había trabajo, pero no demasiado, ya que todos trataban de ayudar, pues comprendían que siendo tantos yo no hubiera podido cumplir con el quehacer, por lo menos no debidamente.

Mi hermano mayor se sentaba por las noches en un sillón que me habían dicho fue de mi padre y nos leía con horror las cosas que estaban sucediendo en México.

Durante todo el día yo me quedaba sola en el departamento, prestando atención, a veces, a los trinos del canario. Lo cuidaba mucho, pero había dejado una pared despejada para el piano. Sabía que nunca estaría allí, porque mi voz no alcanzaría a pedirlo, pero contemplaba con amor la pared vacía.



Mrs. Mirrors me habló después de que bajamos juntas más de cien veces a llevar los paquetes de basura a la calle.

—¿De dónde es usted?

Vacilé.—Ahora los árboles siguen verdes en mi país y Victoriano Huerta está en el poder.

No me pareció sorprendida.—¿Qué dice?

—No debieron matar a Madero. Era un hombre tan bueno... —Y, recordando su presencia viva en mí, como si lo estuviera viendo, las lágrimas gotearon por mis mejillas.

—Le va mal... pobrecita. No sufra usted, al fin todo se arregla. ¿Quiere que vayamos juntas al mercado?

Dije que sí con la cabeza, aquella cabeza en ese momento llena del Paseo de la Reforma, ya sin cadetes, en un día de sol.

Desde entonces Mrs. Mirrors no sólo iba conmigo al mercado sino que hacía mis compras, pues yo no atinaba a regatear, aunque sabía que ésa, como en mi tierra, era la costumbre, pero aparte de que allá jamás compré nada en los mercados, las cataduras agresivas de los comerciantes londinenses me dejaban sin habla. A cada compra que, victoriosa, hacía por mí Mrs. Mirrors, yo le sonreía y le daba un beso. Eso parecía gustarle mucho y yo lo hacía de todo corazón.

Supé que era viuda, que vivía de la pensión de

su marido y que no tenía hijos.—Sí, sobrinos muchos, tantos que debo de llevar un calendario especial para no olvidarme de sus cumpleaños. Y no sé si río o simplemente ronroneé de satisfacción.

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí?

—¡Oh! No recuerdo bien... dos otoños, dos inviernos, dos primaveras, un verano... ¿No es así como se contesta?... aunque no estoy muy segura... todo es muy extraño...

—¿Hasta el tiempo?

—Sí, es inconstante, engaña, se apresura, nunca regresa, nada más quiere terminar.

—¿Terminar con qué?

—Con la vida.

Sé que lo hacía por amabilidad, por darme conversación, y yo me esforzaba por complacerla diciéndole la verdad, pero ella sólo entendía que yo era una pobre salvaje y que no comprendía nada de nada, pero por la que sentía no sé si lastima o afecto.

Aquella mañana me acerqué a la puerta para recoger el felpudo, oí claramente, a través de la madera, un grito, algo pesado que caía y una carrera desenfrenada escaleras abajo. Abrí. En el rellano estaba tirado un hombre. Me acerqué, lo volteé de costado, vi sus ojos sorprendidos, luego frunció el entrecejo, pero la sorpresa no



desapareció. Era muy hermoso. Inmediatamente se desvaneció, boca abajo. En la espalda tenía clavado un puñal de mango negro, torneado, con anillos dorados incrustados. Con las dos manos intenté arrancar el puñal, y al no poder hacerlo, con mi delantal y mi falda quise restañar la sangre que ya borboteaba sobre la capa española.

Entonces Mrs. Mirrors salió de su departamento y comenzó a pedir auxilio a gritos. Yo seguía esforzándome, inútilmente, por contener la hemorragia.

—¡Deje eso, querida! ¡Deje eso! —me gritaba desesperadamente Mrs. Mirrors tirando de mí.

Había mucha sangre que contener en mi patria, aquí y en todas partes, yo no podía dejar de hacerlo.

Rápidamente llegó la policía con la ambulancia. Lo levantaron, pero su cabeza colgaba inerte, descoyuntada, sin amparo. Corrí a sostenerla y así bajé las escaleras. Cuando lo subieron a la ambulancia, subí con él.

—¿Es su pariente?

—Sí.

Mrs. Mirrors nos persiguió gritando muchas calles abajo.

En el hospital me hicieron preguntas, yo no tenía qué contestar y sólo dije: —Hay que impedir que se derrame más sangre. Déjenme estar junto

El. —Tomaron mis generales y luego me dejaron entrar a un cuartito gris de sábanas muy blancas, donde estaba tendido de costado, con vendas cubriéndole todo el tórax. Dos mujeres vestidas de gris me escoltaban pero no les di importancia.

Era alto, rubio, con los cabellos ensortijados hechos una maraña por el sudor. Delicadamente, con mucha lentitud, fui deshaciendo con mis dedos aquella maleza hasta que los cabellos estuvieron en su lugar, poco más o menos. Creo que empleé mucho tiempo en esa tarea dulce, con el cálido y cálido que me ponía en contacto con aquel ser. La frente era amplia y de entre las cejas emergía una nariz recta, perfecta. Pasé muchas veces el índice y el pulgar por el entrecejo que, poco a poco, fue distendiéndose hasta dejar en la cara una expresión tranquila. Acaricié sus mejillas pálidas y tersas, su bozo rubio, que más que cubrirla iluminaba su faz con un halo singular que me hizo pensar en los mancebos que competían por unas hojas de laurel en las olimpiadas. Tenía su mano derecha sujeta en una tablilla, con una aguja insertada en una vena, y por ahí, a través de un cordón de hule, sentía yo cómo algo se introducía en su cuerpo, algo que, pensé, lo podría volver a la vida. Una vida de la que yo no sabía nada, pero que debía estar llena de peligros, como el de ahora. Su mano izquierda llevaba en el índice un anillo con un



lapislázuli. La mano era delicada de forma pero fuerte, y el lapislázuli hacía resaltar las venas azulosas sobre la piel muy blanca, casi amarillenta. Lo miré hora tras hora, sin pensamientos, absorta en la fuerza extraña que emanaba de él, aun en aquella situación de árbol derrumbado.

Y entonces sucedió. Agitó levemente las pestañas y abrió los ojos, lúcidos, sin preguntas, sin necesidad de saber o de reconocer en dónde estaba. Me miró directamente, engeguecedoramente. Miró hasta el fondo de mi ser, estoy segura; supo como nadie ha sabido ni sabrá, todo, mi timidez o como se llame, mi nostalgia, mi no ser, y me tomó así, tal cual he sido y soy. Me absorbió, me hizo suya y me dio toda la luz que faltaba a Londres, toda la que faltaba a mi vida. Sus ojos castaños se clavaron en los míos, de los que tuve por primera vez plena conciencia de que son azules. Entornó los suyos y suspiró profundamente, como aquel que ha encontrado lo que no se atrevió a soñar. Un rictus de dolor apretó sus párpados y crispó sus labios. Puse las dos manos sobre su rostro. Cuando las retiré, volvió a ser el de antes. Sonrió con una sonrisa feliz e intentó arrastrar su mano sobre la cama hasta donde yo estaba, la tomé entre las mías y la calenté con mi ardor febril. Sus ojos expresaron una gran paz: nos habíamos encontrado, nos habíamos con-

prendido. Cada uno le dijo al otro, sin una palabra, sus sentimientos más recónditos, esos que no son recuerdos ni historias, quizá anhelos, sensaciones, maneras de aprehender, y eso formaba un río que nos impedía dejarnos de mirar, fuera del peligro, del dolor, del tiempo. Nuestras miradas no se contradecían, se iban haciendo más ricas, más inflamadas, hasta que la suprema intensidad vino de nuevo, esta vez con el bagaje de todo lo recorrido, con la aceptación total, igual a una ola gigantesca que no encontrara playa suficiente para expanderse. Entreabrió los labios para decir algo, pero en ese momento su mano con el lapislázuli cedió de pronto a la presión. Su cuerpo se estremeció, y sonriente como un niño sostuvo un instante más su radiante mirada. Precipitadamente me levanté y con la mayor dulzura cerré sus párpados con mis labios. Olí a la enfermera que llamaba desesperadamente, pero me mantuve quieta, radiante, deslumbrada. Luego las mujeres de gris me llevaron con ellas. No me importó.

Armando Gaxiola, mexicano, revolucionario. Esto parece complicar aún más las cosas, pero me gusta saberlo, aunque mucho más supe de él durante aquellas horas que, suceda lo que suceda, aunque pase toda mi vida aquí, entre los locos, o me condenen, han abolido para siempre las estacio-



nes y su sentido. Y la justicia ¿qué tengo yo que ver con la justicia? Mis hermanos están inquietos, se exasperan mucho conmigo, igual que todos los demás, pero eso no importa: soy muy hermosa, estoy colmada, sumergida en este éxtasis del que nada me hará salir. Sigo y seguiré viva dentro de él, no importa cuánto tiempo, porque la única mirada de amor impercedera sólo puede ser la última.

## EN LA SOMBRA

*Para Juan García Ponce*

Cada vez, un poco antes de que el reloj diera los cuartos, el silencio se profundizaba, todo se ponía tenso y en el ámbito vibrante caían al fin las campanadas. Mientras sonaban había unos segundos de aflojamiento: el tiempo era algo vivo junto a mí, despiadado pero existente, casi una compañía.

En la calle se oían pasos... ahora llegaría... mi carne temblorosa se replegaba en un impulso irracional, avergonzada de sí misma. Desaparecer. El impulso suicida que no podía controlar. Hasta el fondo, en la capa oscura donde no hay pensamientos, en el claustro cenagoso donde la defensa criminal es posible, yo prefería la muerte a la ignominia. La muerte que recibía y que prefería a otra vida en que pudiera respirar sin que eso fuera una culpa, pero que estaría vacía. Los pasos seguían en el mismo lugar... no era más que la lluvia... No, no quería morir, lo que deseaba con todas mis fuerzas era ser, vivir en una mirada ajena, reconocirme.

Los brazos extendidos, las manos inmóviles, y toda mi fealdad presente. La fealdad de la desdénada.



Ella era hermosa. Él estaba a su lado porque ella era hermosa, y toda su hermosura residía en que él estaba a su lado. Alguna vez también yo había tenido una gran belleza.

Un ruido, un roce, algo que se movía lejos, tal vez en casa de ella, en donde yo estaba ahora sin haberla pisado nunca, condenada a presentiar los ritos y el sueño de los dos. Necesitaba que su dicha fuera inigualable, para justificar el sórdido tormento mío.

El roce volvía, más cerca, bajo mi ventana, mi corazón sobresaltado se quedaba quieto. Otra vez la muerte. Y no era más que un papel arrastrado por el viento.

Los que duermen y los que velan están en el seno de una noche distinta para cada uno que ignora a todos. Ni una palabra, ni una sonrisa, nada humano para soportar el encarnizamiento de la propia destrucción. ¿Qué significa injusticia cuando se habita en la locura? Enfermizo, anormal... palabras que no quieren decir nada.

El recuerdo hinca en mí sus dientes venenosos; he sido feliz y desgraciada y hoy todo tiene el mismo significado, sólo sirve para que sienta más atrocemente mi tortura. No es el presente el que está en juego, no, toda mi vida arde ahora en una pira inútil, quemado el recuerdo en esta realidad sin redención, ardido va el futuro hueco. Y la imaginación los cobija a ellos, risueños y en

la plenitud de un amor que ya para siempre me es ajeno.

Sin embargo, me rebelo porque sé quién es ella. Ella es... quien sea; el dolor no está allí, no importa quién sea ella y si merezca o no este holocausto en que yo soy la víctima; mi dolor está en él, en el oficiante.

La soledad no es nada, un estéril o fértil estar consigo mismo, lo monstruoso es este habitar en otro y ser lanzado hacia la nada.

Ya no llueve; mi cama, suspendida en el vacío, me aísla del mundo.

Cae una, muchas veces las campanadas. Ya no quisiera más que un poco de reposo, un sueño corto que rompa la continuidad inacabable de este tiempo que ha terminado por detenerse.

Amanecía cuando llegó. Entró y se quedó como sorprendido de verme levantada.

—Hola.

Fue todo lo que se le ocurrió decir. Lo vi fresco, radiante. Me di cuenta de que en cambio yo estaba ajada, completamente vencida en aquella lucha sin contrincante que había sostenido en medio de la noche. Casi quería disculparme cuando dije:

—Tenía miedo de que te hubiera sucedido algo.

—Pues ya ves que estoy divinamente.



Era verdad. Y lo dijo con inocencia. Yo hubiera preferido que el tono de su voz fuera desafiante o desvergonzado; eso iría conmigo, sería un reconocimiento, un ataque, en fin, me daría un lugar y una posición; pero no, él me veía y no me miraba, ni siquiera podía distraerse para darse cuenta de que yo sufría. Estaba ensimismado, mirando en su fondo un punto encantado que lo centraba, le daba sentido al menor de sus gestos y a cuyo rededor giraba armonioso el mundo, un mundo en el que yo no existía.

El amor daba un peso particular a su cuerpo, sus movimientos se redondeaban y caían, perfectos. Esa extraña armonía de la plenitud se manifestaba por igual cuando caminaba y cuando se quedaba quieto. Lo estaba mirando ir y venir por la estancia recogiendo los papeles que necesitaba y metiéndolos en el portafolio. No se apresuró y sin embargo hizo las cosas de una manera justa y rápida. Levantó un brazo y se estiró para recoger algo del tercer estante, entonces vi con claridad que lo que sucedía era que para hacer el movimiento más insignificante ponía en juego todo el cuerpo, por eso alcanzaba más volumen y su ademán parecía más fácil. Pensé en los labriegos que aran y siembran con ese mismo ritmo que los comunica con todo y los hace dueños de la tierra.

—Me tengo que ir rápido porque me espera

Vázquez a las nueve. ¿Habrá agua caliente para bañarme?

Cruzó frente a la puerta de la niña sin abrirla. Entró en el baño. Un momento después se asomó con el torso desnudo y me preguntó:

—¿Cómo ha estado?

—Bien.

—Bueno.

Cerró la puerta del baño y un instante después lo oí silbar.

Me daba vergüenza mirarlo. Sus manos, su boca: como si estuviera sorprendiendo las caricias. Pero él hablaba y comía alegremente.

Yo hubiera podido mencionarla y desencadenar así algo, pero no me atrevía a hacerme esa tracción. Quería que sin presiones de mi parte él se diera cuenta de mi presencia. Mientras me siguiera viendo como a un objeto era inútil pretender siguiera una discusión, porque mis palabras, fueran las que fueran, cambiarían de significado al llegar a sus oídos o no tendrían ninguno.

—Estás muy callada.

—No he dormido bien.

—Yo no dormí nada, como viste, y sin embargo me siento más animado que nunca.

Su voz onduló en una especie de sollozo hechido de júbilo, como si se le hubiera apretado



la garganta al decir aquello. Sentí más que nunca mi cara cenicienta. Tuvo que aspirar aire hasta distender por completo los pulmones y las aletas de su nariz vibraron; estaba emocionado, satisfecho de sus palabras. Dentro de un momento iría a contarle a ella esta pequeña escena. Parecía liberado. La niña, la rutina, yo, todo eso se borró; volvió a quedarse quieto y lleno de luz, mirando hacia adentro el centro imantado de su felicidad. Pasó sobre mí los ojos para que pudiera ver su mirada radiante. Y fue precisamente en esa mirada donde vi que todo aquello era mentira. A él le hubiera gustado que se tratara de una felicidad verdadera y la actuaba con fidelidad; pero seguramente, si no estuviera yo adelantéte siguiendo con aguda atención todos sus gestos, no hubiera sido la mitad de dichoso. Había algo demoníaco en aquella inocencia aparente que fingía ignorar mi existencia y mi dolor. Pero le gustaba eso sin duda, y sentí, como si la viviera, la complicidad que había entre aquella mujer y él: la crueldad deliberada. Inteligentes inconscientes, pecadores sin pecado, a eso jugaban, como si fuera posible. No pasaban ni por la duda ni por el remordimiento, y por ello creían que el cielo y el infierno eran la misma cosa.

¿De qué me servía saber todo eso?

Se levantó y fue al teléfono, marcó. Semisilba

ba nervioso o impaciente.

—Bueno... Sí... No... Ahora salgo para la oficina... Muy bien, hasta luego.

Silbó un poco más fuerte.

—No vendré a comer. Vázquez quiere que sigamos tratando el asunto después de la junta.

No contesté. Sabía que ya no tenía que fingir que creía ninguna disculpa. Todo estaba claro.

Huí tambaleándome las escaleras; los ojos sin ver, el dolor y el zumbido en la cabeza.

Cuando llegué al dintel de la calle me enfrenté de golpe a la luz y a mi náusea. Parada en un balote que naufragaba, veía pasar a la gente, apresurada, que iba a algo, a alguna parte; pasos que resonaban sobre el pavimento, mentes despejadas, quizá sonrisas flotantes...

Ahora, a esta hora precisa él estará... para qué pensarlo.

Tengo que ir a la farmacia a comprar medicinas... Existe sin embargo una injusticia... yo podría ser esa mujer, esa aventurera, o ese amor. Por qué él no lo sabe? Toda mi vida deseé... Pero él no lo ha comprendido... Y después de la conquista ¿será ella también alguna sin significado, como yo? El sueño de realizarse, de mirarse mirado, de imponer la propia realidad, esa



realidad que sin embargo se escapa; todos somos como ciegos persiguiendo un sueño, una intención de ser... ¿Qué piensa sobre sus relaciones con los demás, con esa misma mujer con la que ahora yace, intentando una vez más la expresión austera, perfecta? Es posible que ahora, en este minuto mismo la haya encontrado... ¿entonces?... Ay, no haber sido ésa, la necesaria, la insustituible... Un gusano inmolido, no he sido otra cosa; sin secreto ni fuerza, una niña como él me dijo el primer día, jugando al amor, ambicionando la carne, la prostitución, como en este momento; no yo la única, sino una como todas, menos que nadie.

Serían las cuatro de la tarde. El parque tenía un aspecto insólito. Las nubes completamente plateadas en el cielo profundamente azul, y el aire del invierno. No era un día nublado, pero el sol estaba oculto tras unas nubes que resplandecían, y la luz tamizada que salía de ellas ponía en las hojas de los plátanos un destello inclemente y helado. Había un extraño contraste entre el azul profundo y tranquilo del cielo y esta pequeña área bañada de una luz lunar que caía al sesgo sobre el parque dándole dos caras: una normal y la otra falsa, una especie de sombra deslumbrante. Me senté en una banca y miré cómo las

ramas, al ser movidas por las ráfagas, presentaban intermitentemente un lado y luego otro de sus hojas a la inquietante luz que las hacía ver como brillantes joyas fantasmales. Parecía que todos estuviéramos fuera del tiempo, bajo el influjo de un maleficio del que nadie, sin embargo, aparentaba percatarse. Los niños y las niñas se agulan ahí, como de costumbre, pero moviéndose sin ruido, sin gritos, y como suspendidos en una actitud o acción que seguiría eternamente.

Sentí que me miraban y con disimulo volví la cabeza hacia donde me pareció que venía el llamado. Los tres pares de ojos bajaron los párpados, pero supe que eran ellos los que me habían estado mirando y continuaban haciéndolo a través de sus párpados entornados: tres pepenadores singulares, una rara mezcla de abandono y refinamiento; esto se hacía más patente en el segundo, segundo en cuanto a la edad, no a la posición que ocupaba en el grupo, porque el grupo se hallaba colocado en diferentes planos en el prado frontero a mi banca.

El segundo estaba indolentemente recargado en un árbol fumando con voluptuosidad explícita y evidentemente proyectada hacia mí como un actor experimentado ante un gran público; en su mano sucia de largas uñas sostenía el cigarrillo con una delicadeza sibarítica, y se lo llevaba a los labios a intervalos medidos, cuidadosos; sus



pantalones anchos, cafés, caían sobre los zapatos maltrechos y raspados, y en la pierna que flexionaba hacia atrás apoyándola en el árbol, dejaba ver una canilla rugosa y cenicienta sin calcetines; la camisa que debió ser blanca en otro tiempo se desbordaba en los puños desabrochados dándole amplitud y gracia a las mangas, y un chaleco de magnífico corte, aunque gastado, ponía en evidencia un torso largo, aristocrático, pero todo esto no hacía más que dar marco y valor a la cabeza huesuda y magra, de piel amarillenta, reseca, en la que cuadraban perfectamente la perilla rala de mandarín y los ojos oblicuos y huidizos, sombreados por largas pestañas. Nunca me miró abiertamente.

El mendigo más viejo estaba a unos pasos de él, sentado en cucullas, escarbando en un saco mugriento, con sus manos grasosas; era gordo y llevaba una cotorina de colores chillantes; sacaba mendrugos e inmundicias del bulto informal y se los llevaba ávidamente a la boca con el cuidado glotón de un jefe de horda bárbara; en algún momento me pareció que tendía hacia mis dedos pegajosos con un bocado especial, y me hacía un guiño, como invitándome.

El tercer pepenador, el más joven, estaba perzosamente tirado de costado sobre el pasto, más alejado del sitio en que yo me encontraba que los otros dos; con un codo apoyado contra el sue-

lo, sostenía su cabeza en la palma de la mano, mientras con la otra levantaba sin pudor su camiseta a rayas y se rascaba las axilas igual que un mico satisfecho; cuando creyó que ya lo había mirado bastante, levantó hacia mí los ojos y, abriendo bruscamente las piernas, pasó su mano sobre la bragueta del pantalón en un gesto entre amenazante y prometededor, mientras sonreía con sus dientes blancos y perfectos, de una manera desvergonzada.

Desvié la mirada y me estremecí. Me pareció oír un gorgoreo, como una risa burlesca y segura que provenía del más joven de los vagabundos. No pude levantarme, seguí ahí, con los ojos bajos, sintiendo sobre mí la condenación de aquellas miradas, de aquellos pensamientos que me tocaban y me contaminaban. No podía, no debía huir; la tentación de la impureza se me revelaba en su forma más baja, y yo la merecía. Ahora no era una víctima, formaba un cuadro completo con los tres pepenadores; era, en todo caso, una presa, lo que se devora y se desprecia, se come con glotonería y se escupe después. Entre ellos y yo, en ese momento eterno, existía la comprensión contaminada y carnal que yo anhelaba. Estaba en el infierno.

Impura y con un dolor nuevo, pude levantarme al fin cuando el sol hizo posible otra vez el movimiento, el tiempo, y ante la mirada despia-



dada y sabia de los pepenadores caminé lentamente, segura de que esta experiencia del mal, este acomodarme a él como a algo propio y necesario, había cambiado algo en mí, en mi proyección y mi actitud hacia él, pero que era inútil, porque entre otras cosas, él nunca lo sabría.

## LAS MARIPOSAS NOCTURNAS

*A Ana y Francisco Segovia*

*Para el fiel corazón que apenas llora,  
Es aquella, región consoladora;  
Para el alma que en sombras se adelanta,  
¡Oh, es celeste Eldorado y Tierra Santa!  
Mas quien cruza sus lindes aún viviente,  
No osa nunca mirarle frente a frente;  
Sus secretos profundos jamás fia,  
¡Jamás! a ojos abiertos todavía.  
Tal lo manda su Rey, su Rey nos veda  
Que allí el parpado inquieto alzarse pueda;  
Y si ante el alma que llegó, se esjuma  
Todo aquel mundo entre hechizada bruma.  
Por una senda oscura y desolada,  
Sólo de angeles malos frecuentada  
Donde un ídolo reina, que se nombra  
La noche, en trono de misterio y sombra,  
Alcanzaré, quien visionario ambule,  
Aquella penumbrosa, última Tule.*

EMGAR ALLAN POE

Cuando lo vi rozarle la mejilla con el fujete, supo lo que yo tenía que hacer.

Era extraño porque a él le gustaban las adolescentes. Esta tenía como dieciocho años.

Para impresionarla llegué en el bugui desde el primer día. Eso no le hizo el menor efecto.



Me di cuenta de que era una empresa difícil y comencé a visitarla todas las tardes, a la caída del sol. Calculaba que estuviera terminando de corregir los trabajos de sus alumnos de quinto y sexto año, que ella tenía a su cargo en la escuela que don Hernán sostenía. A veces había algunos buenos que me daba a leer, radiante, y supe entonces por dónde debía atacar. Me gustaba visitarla.

Comencé a prestarle libros, que devoraba. Tragedias griegas, novelas de Musset, de Jorge Sand. . . en fin, todo lo que se me iba ocurriendo; libros de arte, de viajes.

Su cara ovalada, de cutis muy fino, se ensombrece o se ilumina conforme va leyendo. Porque no se cuida de mí ni gasta formalismos. Lee o mira minuciosamente los álbumes como si estuviera sola. Únicamente cuando me necesita para algo, levanta los delgados párpados y me pregunta. Sobre Francia, sobre la India, Europa. Sí, yo he estado allí con él y en otras muchas partes, y le cuento todo lo que puedo. Cómo, con miles de meticulosidades, él ha traído de los diferentes países árboles y pájaros. No me impaciento: estoy simplemente cumpliendo con mi deber. Su boca fina, su frente amplia, la nariz delicada y

los enormes ojos negros, sombreados, quizá convuevan a muchos, pero no a mí. No quiero.

Alguien le ha dicho algo. Lo noto en su silencio reticente y en los párpados bajos, en la falta de preguntas y de interés por algunos días. Pero estoy decidido, ella no tiene padres, está sola, es muy conveniente.

De pronto comienza a preguntarme sobre la casa-hacienda. Si es verdad que hay todo un piso que es enorme jaula para pequeños pájaros de todas las variedades y clases; sobre la alberca rodeada de pilastras dóricas, sobre los flamencos, los pavorreales y los jardines.

Esta curiosidad ya no me gusta, y le traigo más álbumes y más libros. Ahora vuelve a un dilatado ensueño mientras observa o lee. Ya no me pregunta nada sobre nada. Creo que ha llegado el momento.

—¿Eres virgen?

—Sí.

—Te ofrezco quinientos pesos en oro por tu virginidad. Dos horas de una noche. Nada más. Nunca volverás a ser molestada ni nadie lo sabrá. No hay el menor peligro de embarazo.

—¿Con él?

—Sí.

—No quiero dinero, quiero ver la biblioteca y los cuadros.



Eso fue todo. Sin regateo con los padres. Sin llantos ni melindres.

Llevé el pequeño bugui de un solo caballo, para no llamar la atención. Mantuve apagados los faroles hasta que salimos del pueblo. Luego, al llegar al camino de las huertas que lleva a la casa-hacienda, frené el caballo y bajé a encender las luces. Ella no dijo nada. Seguimos lentamente, al paso, entre la sombra de los grandes frutales que extendían su ramaje por encima del camino polvoriento. Era el principio de un otoño caluroso, por supuesto, pero allí, entre los árboles y a medianoche, soplabá un viento fresco que venía del mar. Ella cruzó los brazos sobre el pecho pero no dijo nada.

Cuando llegamos a los senderos de grava y apareció, contra la noche, poderosa, la silueta de la casa, se estremeció. Todo estaba a oscuras menos una ventana del segundo piso, su ventana. Entretanto encendí el quinqué de porcelana que ya tenía preparado. Con él en alto la fui guiando. Al llegar al *hall* vio la enorme mesa redonda, de mármol, y el gran libro de pastas gruesas empotrado en ella.

—¿Qué es eso?

—Son las memorias de don Hernán, de sus viajes.

Se acercó a la mesa y abrió el libro manuscrito.

Se quedó leyéndolo, pasando página tras página como si a eso hubiera ido allí. Yo, impaciente, sostenía el quinqué.

Luego, lo más aprisa que pude, la llevé a la biblioteca. Sucedió lo mismo. Con toda calma iba examinando los estantes, sacaba un volumen y lo hojeaba. Por fin dijo:

—Hay muchos en francés e inglés.

—Y en alemán y latín. Vámonos de aquí.

Otro rato eterno fue el de ver los cuadros. Los caballos *pur-sang* de George Stubb, *Old Cromie* con sus paisajes de Norfolk, *El vado* de Constable... ya no era posible.

—No tienen nada que ver con los de los álbumes. Es otra cosa...

Antes de que pudiera terminar, la arrastré escalera arriba.

Le ordené que entrara al cuarto contiguo al de don Hernán, que se desnudara totalmente y que se pusiera la bata blanca, immaculada, que siempre se preparaba para estos casos. Primero me cercioré de que por debajo de la puerta se viera si estaba encendida la luz de él. Lo estaba. Debí haberse fumado por lo menos una cajetilla de cigarrillos esperando. La hice entrar dulcemente y cerré la puerta sin hacer ruido.

En la oscuridad mis ojos ardían.

El traje de lino estaba sudado, arrugado, pero



yo no podía ni alojarme la corbata: no me estaba permitido. Inquieto, me removía en el sillón de baqueta; toda una noche en él me lo hacía incómodo. Pero no podía pararme, dar unos pasos, hacer ningún ruido. Si fuera un sirviente hubiera podido dormir, pero no lo soy. Mis vigili-  
lias, en esos casos, terminaban entre la una y las dos de la mañana, y ahora estaba amaneciendo pero la puerta no se abría.

Primero comenzó la algarabía de los pájaros, y ahora la caoba de las duelas y los pilares empiezan a brillar, lustrosos.

No la hacía salir. Sentado en la galería, al lado de su dormitorio, miré entrar al sol.

Mi zozobra, no había tenido más remedio que tragármela y sudarla. ¿Qué pasaba? Las reglas del juego habían sido rotas; reglas que yo no inventé, que simplemente asumí cuando era un adolescente.

Ahora los susurros y el trajín de la casa. Cantos. Ya no era posible sostener el secreto. Se romoraba, sí, pero nadie lo había visto. Se sabía, por lo que atestiguaba la gente de fuera, pero en la casa-hacienda ningún sirviente había podido decir "yo lo vi". Y ahora lo verían. Pero ¿qué podía suceder allá adentro para que todas las formas hubieran sido aniquiladas? Y yo, ¿no contaba? Él no había pensado en mí.

Yo no merecía esta afrenta. Había aceptado su capricho esporádico de lo que él llamaba "el

holocausto de las vírgenes", pero tomando en cuenta solamente su naturaleza de coleccionista. Me prestaba para recolectar su colección y eso nos unía más.

Por otra parte, si otro lo hubiera hecho habría adquirido un poder ajeno al mío. Una intimidad que me pertenecía.

—Soy como el minotauro.

Y yo era el supremo sacerdote.

Ahora temía que algo terrible hubiera pasado.

Si ella hubiera muerto, él sabría qué hacer. Pero ¿mi era él?...

Mi zozobra llegó a ser angustia. Estaba roto por dentro. Hasta he recordado que no me llamo Lótar, que ese nombre él me lo puso.

La puerta se abre y él me llama y me hace entrar en la habitación. Lo primero que veo es el cúmulo de ceniceros hacinados sobre su buró, llenos de colillas.

Con toda naturalidad me dice:

—Lótar, ésta es Lía...

—Pero...

—Es Lía porque no puede ser Raquel. No hay Raquel para mí. Me conformo con Lía para que viva entre nosotros.

—Entre nosotros...

—Sí. Dale los buenos días por su nombre.

—... Buenos días, Lía.



Ella me sonrió sin ningún asomo de timidez. Enredada en aquella preciosa bata blanca japonesa, sin una arruga. Su sonrisa era natural. No se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. ¿O sí?

—Buenos días.

Como todas las mañanas pasé a la sala contigua a preparar el baño.

Mientras lo bañaba en la tina caliente y después, entre mis manos, durante el masaje, estuvo totalmente ausente. Regresamos a la alcoba. Ella estaba sentada, inmóvil, en una sillita reclinable. Él le dio la espalda, y yo sentí cómo se iba endureciendo, volviendo en sí, mientras le limaba las uñas y les daba brillo con el pulidor. Luego caminé sin necesidad, me pareció que buscando un sitio donde Lía no pudiera mirarlo y desató el cinturón de su albornoz. Acudí inmediatamente a vestirlo. Yo creo que siempre supo lo que quería ponerse, pero en esa ocasión me hizo llevarle tres o cuatro veces prendas diferentes. Acostumbraba caminar y hablar mientras yo lo iba visitando, pero aquel día pareció clavado en el mismo lugar y únicamente daba órdenes secas sobre la ropa. Yo alcanzaba a ver la blanca nuca de Lía, tan frágil.

—Abre las contraventanas.

El día entró con todo su peso en la alcoba. La luz tenía el tono ardiente de la miel.

—Hazla salir. Llévala a su cuarto. El que tiene

también tina de mármol.

Cuando regresé, comencé a vestirlo en silencio. Él caminaba, como siempre, por la habitación.

Me mandó que hiciera traer los baúles tal y cual, porque él, personalmente, quería escoger las telas y los patrones con los que Adelina comenzaría a hacer a Lía un guardarropa, que debía empezar por un vestido para aquella misma tarde. Pobre Adelina, con tantas puntillas y pasamanerías que había seleccionado para ese modelo...

—No se sentará aún a la mesa con los invitados. Necesito que la instruyas sobre cómo comer, en fin, sobre los usos de esta casa. Tú tampoco estás ni en la comida ni en la cena porque, para hacer lo que te digo, tendrás que acompañarla en la terraza del poniente. Después de que se vayan los demás, nos reuniremos los tres. Y haz venir a Monsieur Panabière.

Y siguió hablándome de los perros, de los pájaros. Mandó llamar al jefe de la cocina y discutí con él, como siempre, lo que se debía desayunar, comer y cenar ese día.

Luego me dijo: —Consigue para Lía una doncella que sepa tratarla, peinarla bien. Aunque sea del personal ocupado. La repondremos después.

Llegó Panabière y se encerró con él el resto de la mañana.



La vida de Lía no fue lo que yo me había imaginado. Se la educaba en la más rígida de las disciplinas y se sometió a ella: a las siete de la mañana tenía que estar de pie y vestida, para que Pablo, el caballero mayor, la enseñara a montar a caballo; luego el baño y volverse a vestir para el desayuno conmigo y las mañanas enteras con Monsieur Panabière en la biblioteca, a puerta cerrada. La comida y una hora de descanso. Pero no descansaba: sola, atravesaba el jardín y se metía en los umbrosos huertos, junto al San Lorenzo, donde todo era humus, hojarasca de los mangos, las "lichis", los "cuadrados", los "caimitos". ¿Qué hacía durante estas horas, en que todos dormían la siesta agobiante? A veces llevaba un libro en la mano, pero otras iba sin nada. A pesar de mi curiosidad, nunca me atreví a seguirla. Después venía la clase de inglés, con Mr. Walter, el jefe de máquinas del ingenio, y luego don Hernán en persona la enseñaba a erguirse, a caminar, a mover la cabeza en señal de agradecimiento, con encanto, sin decir palabras. Las indicaciones se las hacía suavemente con el fuste: en la cintura, en los hombros, en las piernas cubiertas de trapos; le mandaba ponerse vestidos complicados, de media cola, para que se moviera con desenvoltura en aquel mundo de telas. Luego, otro baño y a cenar conmigo. Por

la noche estudiaba. Yo veía luz en su cuarto hasta la madrugada. Pero ella no se quejaba.

Al principio, cuando hacíamos las comidas juntos y solos, trató de continuar con nuestras conversaciones de la tarde, pero yo me negué, apenas le contestaba, y desde ese momento, aunque la tuviera siempre presente, la observé y hablé con ella lo menos posible. Aún ahora no sé quién era, ni cómo era, ni por qué hizo lo que hizo. Estaba sola.

El primer golpe para el pueblo fue un domingo. En el carruaje con la sombrilla sobre la cabeza llegó con don Hernán, conmigo y con Monsieur Panabière, a misa, a las once, la única que había. Fuimos en el gran carruaje de cuatro caballos. Debo reconocer que estaba realmente hermosa, fresca en su vestido blanco, a pesar de ser agosto. El cura se tuvo que tragar que era una pariente de don Hernán, cuando sabía, perfectamente, las habladurías de la gente.

Se sentó con don Hernán en la primera banca, forrada, como el reclinatorio, de terciopelo. Monsieur Panabière y yo, en la segunda fila. Las dos tenían una plaquita de metal que, en dorado, decía "Familia Fernández". En esas dos filas no se sentaba nadie, ni estando la capilla abarrotada y don Hernán ausente.

El pueblo miraba, curioso, como si fuera la



primera vez, a los miembros.

A Lía lo que le impresionó fue la música. En ese tiempo todavía se podía escuchar a Bach en las iglesias. El órgano lo tocaba una monjita de la escuela privada que había en el pueblo.

No hubo mayor problema. Don Hernán en persona fue a hablar con la madre superiora y todo quedó arreglado.

Lía estudiaba en el gran piano de cola lo que la monjita le iba enseñando.

Cuando Pablo le dijo a don Hernán que ella era una consumada amazona, que sabía saltar, dominar al más brioso de los caballos, estar siempre segura y serena sobre la silla, don Hernán ya lo sabía. Mandó traer el precioso traje de montar con botas federicas, el albardón repujado, donde se leía en el sobrebordado, claro, su nombre: Lía. Luego la llevó a un corralito donde sólo había un caballo retozando, un *pur-sang*: Edgar, porque allí todo debía tener sentido. Ella lo adoró desde el primer momento.

Desde entonces cabalgó sola, en libertad. Atravesaba el pueblo y se metía por el Callejón Viejo, bordeado de bambúes tan altos que se juntaban en las puntas haciendo una bóveda. "Como una catedral gótica", decía él. Pasaba como una ráfaga por el ingenio y la alcoholería porque no le gustaban. Luego se internaba por las brechas

de los cañaverales cercados todos por guayabos, con letteros que decían "Camillante: la fruta es tuya. Cuida el árbol". Lo curioso es que todos los entendían, lo sabían, aunque no supieran leer, y el mandato era cumplido.

Y así pasaba el tiempo.

Una mañana don Hernán me sorprendió:

—Quiero a Lía, desnuda, con la bata japonesa. Yo no esperaba eso. Lía había crecido, era una mujer. Nada de lo que él acostumbraba, aunque, desde que ella llegó, no había pedido adolescentes. Se conformaba conmigo. Y ahora... de pronto...

Tuve miedo y, hacia el crepúsculo, entorné las puerta-ventanas para poder mirar, desde los balcones, lo que sucedía adentro.

Le di el mensaje a Lía; tembló ligeramente, pero aceptó.

El rito preparatorio fue el de costumbre, y yo corrí a los balcones para espiar.

Dentro, sólo dos quinqués estaban encendidos y Lía en medio de la habitación, complacientemente desnuda. Su cuerpo, blanco, resplandecía en una belleza perfecta y misteriosa. Don Hernán macó el gran cofre que estaba en la caja fuerte y comenzó por ponerle una gargantilla de rubíes, luego fue combinando, lentamente, perlas, zafiros, esmeraldas. A veces algo no le gustaba y



cambiaba por otro collar, hasta cubrirle el pecho, y luego la cintura, hasta el sexo. Ella no se movía: era una estatua. Él se quedó contemplándola largo tiempo y jugó con la luz de los quinqués, cambiándolos de lugar y haciendo chispear las piedras preciosas en diferentes ángulos. Cuando le gustó uno, se recostó sobre su cama y se quedó un tiempo indefinible mirándola. Luego le fue desabrochando lentamente los collares.

—Ponte tu bata y vete a dormir.

Eso fue todo.

Pero le había puesto las alhajas de su madre, a la que había adorado a pesar de aquella historia.

Juró que ninguna descendiente de su hermano Fernando las usaría. Lo odiaba con toda su alma. Su madre vivió años en la corte de España y allá, en medio del escándalo, había tenido un hijo de Alfonso XIII. Don Joaquín, su padre, había reconocido al hijo al nacer, pero ser un Borbón no le quitaba lo bastardo. Don Hernán lo mantenía a todo lujo en las cortes europeas, pero que viniera a Eldorado no. No resistía mirarlo.

Días después, la presentación en sociedad. Todos los altos empleados fueron invitados con sus esposas. El Gerente General, don Rodrigo de Quiroga, descendiente de don Vasco (quien siempre

que podía aclaraba que éste era viudo cuando recibió las sagradas órdenes), fue el primero en llegar, con su guapísima esposa. Inmediatamente entraron los demás. La puntualidad era una costumbre imprescindible. Únicamente don Francisco Almanza, Gerente de Campo, vino solo, pero don Hernán lo conocía bien y lo saludó con más calor que nunca.

Cuando todos estaban reunidos, con una copa de jerez, apareció ella. Don Hernán la presentó simplemente: —Señoras, señores, ésta es Lía —los caballeros se pusieron de pie y le fueron diciendo su nombre. Ella sonreía, con su media sonrisa, a cada uno. A las señoras las saludó con aquel movimiento ladeado del cuello, y una pequeña, apenas perceptible flexión de las rodillas.

Después pasamos al comedor. El que ponía sal y pimienta o contaba anécdotas, o citaba cosas serias era Monsieur Panabière, que para eso estaba primitivamente en la casa. Para eso, cuidar la biblioteca y hablar con don Hernán. Desde esa noche tuvo ayuda y placer: discretamente Lía anotaba, hacía observaciones, y Monsieur Panabière la miraba embobado.

Todos, especialmente don Francisco, estuvieron amables, encantadores con ella; y las señoras se quedaron asombradas y contentas. Todo fue muy fácil.

Lía comenzó a amenizar las veladas con piezas sencillas pero claramente frascadas y con cierto



sentimiento especial. Después pasó a Chopin, Bach, Beethoven, Mozart y con eso eran todos felices, menos yo.

Por las noches don Hernán me llamaba a su cuarto, pero raras veces era para aquello, y cuando sucedía era sin pasión, como una cosa necesaria y mecánica. En la mayoría de las ocasiones era para que me estuviera quieto en la sillita reclinada mientras él leía y fumaba un cigarrillo tras otro en la boquilla corta. Yo no podía moverme. Él leía hasta la madrugada y se quedaba dormido, con el libro entre las manos, y el cigarrillo entre los dedos. Tenía pavor pánico a que un día se le incendiara la cama. Para eso estaba yo, para apagar el último cigarrillo y sacarle el libro de entre las manos.

Como a don Hernán no le gustaba ver gente sudorosa, sobre todo en las comidas, Clarisa le daba a Lía una fricción de agua de colonia y le ponía camisones de gasa hilada y la encubría con unas batas amplias, caprichosas, que él diseñaba expresamente para eso. Todo blanco siempre. Nadie dio muestras de sorpresa y pronto, todos, que éramos sólo hombres, nos acostumbramos a verla con aquella indumentaria que parecía tan íntima.

Una noche, durante la velada, Lía se asomó al ventanal. Vio el cielo color violeta, luego cárdeno.

—¡Están quemando los cañaverales! ¡Quiero verlo, verlo, verlo de cerca!

Era casi una orden. Se mandó enganchar el coche grande y los buguis, y todos los comensales, todos hombres esta vez, se pusieron en movimiento.

Llegamos al primer campo que se quemaba. Las llamas estaban ya en medio de la plantación. Ella se quedó absorta largo rato, sin importarle las miradas de los demás. Luego, intempestivamente, le dijo a uno de los peones que se habían acercado al ver llegar a don Hernán.

—Córtame una caña.

El peón lo hizo.

—¿Quiere que se la pele, señorita? Está muy caliente.

—No, dámela así.

E hincó sus dientes en la caña, la saboreó y siguió mordiendo mientras el jugo escurría por su vestido vaporoso.

Cuando terminó aquel juego, todos soltaron una sonora carcajada: estaba realmente cómica con su cara llena de hollín y jugo de caña. Sonrió. Todos volvieron a soltar otra carcajada, todos menos yo. Don Hernán se acercó a ella lenta-



mente y con su gran pañuelo de seda cruda, repulgado, estuvo limpiándole meticolosamente el rostro, contento. Mientras lo hacía, los ojos de Lía fulguraban misteriosamente, como el cañaverol que ardía.

Mucho después vino el viaje.

En Suiza don Hernán escogió treinta y seis vestidos blancos para Inés Almanza, su ahijada preferida, que tendría entonces siete años. La llama ba "la reina de los guayabales".

Por supuesto que fuimos a Bruselas, a Bruselas, y allí comenzó mi calvario: Lía quería ir a todos los museos, a las casas particulares donde había cuadros famosos, y yo era el encargado de llevarla, de pedir permiso, mientras don Hernán leía en el hotel o tomaba el sol en un café... Todo le era ya tan conocido... Pasamos por Luxemburgo y fue igual.

Pero el colmo fue en París. Todas las mañanas, todas, al Louvre.

La primera fue con Monsieur Panabière, pero con eso fue suficiente para que se orientara y además, Panabière estaba viejo, cansado.

Así que me tocaba a mí, por orden de don Hernán.

Comenzábamos, diariamente, por contemplar, hasta que se le daba la gana, la Victoria de Samotracia. Ella la llamaba familiarmente "la Sa-

motas". Y volvíamos, una y otra vez, a ver cuadro por cuadro, escultura por escultura.

Luego comíamos con don Hernán y Panabière y hablaban interminablemente de esas cosas. Después, yo también tenía que llevarla a los moldistas para que se probara los diez mil trapos que don Hernán escogía para ella en las mañanas; a ordenar y recoger las alhajas. A don Hernán le parecía natural que desempeñara yo, además, todos esos menudos mandados, responsabilidades, idas y venidas, sin tomar en cuenta mi fatiga. Una tarde ella nos arrastró a todos al *vernissage* de un tal Degas: ¡Oh! qué maravillas: las bailarinas en *tu-tu*; y aquellos juegos de luces... Cuando lo hubo visto todo, se paró, muy seria, ante don Hernán y simplemente dijo:

—Quiero *Las tres bailarinas rusas*.

¿Por qué aquel cuadro duro y abocetado existiendo tantas exquisiteces? Pero él no escuchó y fue directamente al *marchand* y compró el cuadro.

En París ella se dio cuenta de que, por las noches, yo siempre me quedaba solo, solo y aburrido, esperándolos hasta la madrugada para el rito del libro y el cigarrillo.

No sé qué le diría a don Hernán, porque en todos los viajes había sido así, pero sé que fue ella quien lo hizo. Saldría ahora, me dijo él, como Monsieur Panabière, acompañándolos. Me mandó hacer ropa apropiada y a la medida.



Fuimos a la inauguración del Primer Salón de Aeronáutica y a ver despegar a Farman y Blériot cuando realizaron su primer vuelo *ville à ville*. Para el cine Lía era insaciable. Don Hernán lo había visto antes, en Estados Unidos, a donde fuimos los dos, en 1905. Pero ninguno de los tres sabíamos de eso más que lo que él contaba durante las cenas, allá, en Eldorado, todo lleno de sol y de calor. Vimos *El asesinato del duque de Guisa*, *L'avare*, *Le raid Paris—New York*, pero Lía prefería las películas italianas. Y luego a cenar a Maxim's.

Fuimos a ver la torre Eiffel y Lía no mostró el menor asombro, y cuando don Hernán le propuso subir dijo:

—Prefiero ver todo desde abajo.

Y allí me traje *quartier* por *quartier*, calle por calle, casa por casa, fuente por fuente, sin que faltaran siquiera los suburbios. Yo no podía más. Creo que ella no dormía, porque compraba libros y libros en inglés y francés, de autores contemporáneos, y leía todos los diarios para ver qué haríamos por la tarde y por la noche.

Íbamos también a la ópera, a conciertos y a cenar a Maxim's, hasta que ella se cansó y dijo:

—Quiero conocer otro restaurante. —Entonces don Hernán propuso la Tour d'Argent: nosotros cuatro y los Petitjean.

A mí me deslumbró la riqueza de aquel lugar. Nos sentamos ellos en dos *tête à tête* reunidos, y Monsieur Panabière y yo, en uno contigo. Me sentí muy confortado por los quinqués muy delgados, blancos, con florecitas rococó, que daban una luz íntima, parecida a la que teníamos allá, y no me fijaba en lo que Monsieur Panabière me estaba hablando. Bebía muy despacio el cocktail-champagne que don Hernán había ordenado.

Pero vi que Lía, sin miramientos, se levantaba y venía hacia nosotros, mientras pedía al camarero un taburete adicional. Nos levantamos los dos y ella se sentó en mi lugar, al lado de Panabière, y le dijo:

—Cuéntemelo a mí. Todo.

Monsieur Panabière comenzó: en lo primero en que hay que fijarse es en el gran candil de mil facetas que se encuentra a la entrada. Todo el decorado es estilo Luis XVIII. Se trata de reproducir el ambiente del salón de Madame Recamier, por el que pasaron tantos músicos, escritores y poetas. El techo está pintado por Lully y representa el Trianon. Ese cojín enorme en el centro y las plantas verdes son del mismo estilo Imperio, lo mismo que el parqué y la gran alfombra, las cortinas de terciopelo galonado de oro están ajadas por su antigüedad. En las cuatro esquinas hay pinturas dibujadas que de lejos parecen acuarelas, como en Versalles; también,



por el mismo motivo, la puerta está pintada. Esos tapices son copia fiel de los de la Dama del Unicornio. Los espejos, empañados también por su antigüedad, están puestos para recordar el paseo de los naranjos, que usted vio en Versalles. La *Tour* misma es una de las cuatro torres que habla en París antes de la Revolución, por eso tiene reminiscencias de la Bastilla. Esa antigua chimenea de mármol, que no funciona por la seguridad de los clientes...

Don Hernán se levantó y dijo: —Pasemos al otro salón a cenar.

Sólo oí murmurar a Monsieur Panabière: "en estilo Luis XVI..." Entramos. Vi los muebles pesados y los bodegones. Cuando nos sentamos me fijé en que el sillón de don Hernán era más grande y con brazos. A su derecha colocó a la señora Petitjean y a su izquierda a Lía, junto a Petitjean. Luego, nosotros.

Vio el menú y se dirigió a Monsieur Panabière:

Pida:

*Homard à la gelée au champagne*

con vino blanco Liebfraumilch

*Brioche de foie gras frais*

con vino rosado des Coteaux de la Loire

*Sole de ligne à la Daumont*

con vino blanco Vouvray

*Feuille aux champignons du Jura*

con vino rojo Saint Emilion

*Perdreaux rôtis sur canapé*

con vino rojo Chateauf-neuf-du-pape

*Foie de canard aux olives vertes et noires*

con vino amarillo Chateau-Chalon

*Arlequinade de sorbets*

con champaña Heidsieck

*Timbale Elysée*

con el mismo champaña

*Bond glacés*

y seguimos con el champaña.

Ella preguntó:

—Don Hernán, usted habla un excelente francés, ¿Por qué no pide ni pregunta usted mismo?

—¿Cuándo has visto que los reyes hablen a los sirvientes extranjeros en su lengua? Para eso son los intérpretes. Sólo hablan en otras lenguas entre sus iguales.

Apenas probábamos los platillos y catábamos los vinos. Cuando retiraban el servicio, estaba muy poco mermado. Al final de la cena, con la primera copa de champaña, monsieur Panabière se quedó profundamente dormido. Don Hernán, Lía y los Petitjean hablaban en francés libremente. Lía no siguió bebiendo, pero los otros sí, hasta llegar a la euforia ruidosa. Yo estaba solo.

Italia la enamoró.

Sobre todo Florencia a la que llamó "la ciudad perfecta". En todos los años que la conocí



sólo una vez la vi llorar: frente al autorretrato de Rembrandt que está en la Galería de los Uffizi. Las lágrimas resbalaban por su cara, clavados los ojos en los del autorretrato.

Recorrimos todo Florencia a pie, como a ella le gustaba, museo por museo, calle por calle, casa por casa. Le encantaban las historias de los Medici. Mientras, don Hernán nos esperaba, tomando café o yendo a las tiendas y al *Ponte Vecchio* a comprar más ropas y alhajas para Lía. Allí estuvimos tres semanas.

Luego quiso ver toda la Toscana: Asís, Pisa, Siena... y en ellas nos quedábamos por lo menos tres o cuatro días, aunque el albergue no fuera todo lo confortable que don Hernán hubiera querido.

Y los olivares por todo el camino durante horas y horas de trajinar fatigoso.

—Aquí en Europa los árboles son mucho más pequeños que allá—dijo. Y ella y Monsieur Panabière se enfrascaron en una amigable disputa sobre Europa y América.

En Roma, siguió el mismo trote acelerado, tan acelerado, conmigo detrás. En Venecia se nos pasó el tiempo en iglesias, museos y amables gondolas. En los *vaporettos* yo dormitaba, rendido.

En Viena, como de costumbre, no se cansaba.

La sorprendió mucho ver allí el penacho de

Moctezuma y se quedó largo tiempo contemplando la Dánae de Tiziano. La ciudad le encantó, íbamos a conciertos. No se saciaba nunca.

—Aparte de Bach, Beethoven y Kant, todos los grandes artistas alemanes han sido austriacos ¿verdad señor Panabière?—dijo durante una cena.

—Así es—le contestó el viejo.

No quiso ver más que el Rhin, la Selva Negra. Por Berlín pasamos para ver la Nefertiti. Menos mal que la ciudad no le gustó. Además, no hablaba alemán.

Después al Oriente: la India, que yo ya había visitado, como todo lo demás, y ahora tenía que mostrarle a Lía. Ella encontró que en Eldorado los altos jefes se vestían como los ingleses aquí, y era verdad, sarakof, botas o polainas, trajes muy especiales de lino. Nada más que en cuanto a las chaquetas, allá eran más variadas, más personales. Tenía razón.

Lo que más le gustó, creo, fue Indochina y las fabulosas Islas del Sur.

—Las tierras de Lord Jim—le decía con gozo en la garganta a Panabière, y remontamos un río en una excursión de homenaje que yo no entendía, cuchicheando, disfrutando ellos dos de su complicidad. Ella se inclinaba hacia don Her-



nán y lo hacía partícipe de los momentos amables de esa complicidad.

En Australia pidió periquitos de todos los colores, y don Hernán, que sabía ya cómo se hacían las cosas, la complació.

En Japón estuvimos dos meses. En Kioto, porque a Lía le gustó más que Tokio; aunque íbamos allá con frecuencia a ver los espectáculos sin que faltaran visitas frecuentes al teatro *Nó* y al *Kabuki*. Aunque el Japón se habla abierto al mundo occidental, veinte años antes, don Hernán no lo conocía.

Lía observaba detenidamente los usos y costumbres.

Una mañana, cuando ya dispuesto, don Hernán la mandó llamar, se presentó a pasitos cortos, totalmente vestida de japonesa, pero sin maquillaje. Hizo las reverencias de rigor, y en su mejor francés desecó los buenos días con un largo discurso que hablaba de cerezos en flor, aunque estábamos en otoño.

Luego dijo a don Hernán:

—Deseo hacer a usted una humilde súplica.

Don Hernán le contestó: —Habla.

—Quiero ir a los baños mixtos. Esos donde se bañan hombres y mujeres juntos.

El rostro de él se iluminó aún más.

—Concedido.

Y fuimos. Nos miraron con extrañeza pero no dijeron nada. Él no se bañó, simplemente se quedó observando: todos los japoneses y japonesas la miraban con disimulo. ¿La admiraban quizá? Ella se movía ondulante y, con el rabillo del ojo, no perdía un solo cambio de las expresiones de don Hernán.

Y siguió pidiendo: que don Hernán fuera a una casa de geishas y luego le contara cómo era. La idea le encantó a él.

Ella esperó, con su kimono más bello, a que él regresara, pasada la medianoche. Cuando llegó lo acosó a preguntas, pero él no las necesitaba, se regodeaba; estuvo hasta la madrugada contando, punto por punto, hasta llegar a los detalles más íntimos, sexuales, todo lo que allá había visto. Yo estaba muy molesto.

Al amanecer, ella nos dijo que esperaríamos, un momento, y la pobre Clarisa se presentó con un servicio perfectamente arreglado, y Lía hizo, con todo su ritual, la ceremonia del té. Sus manos se movían aparentemente lentas y serenas entre el servicio, pero en realidad la precisión de cada acto era lo que daba ese ritmo a primera vista calmo a una acción veloz. Tenía los ojos bajos pero, de pronto, en dos ocasiones, los levantó para mirar directamente a don Hernán, con una expresión firme e intensa que no podía de-



finir, y recordé que muchas veces, sin querer darme cuenta, la había visto mirarlo de aquella manera.

—Perfecto —dijo él.

Esa noche no dormimos ni una hora.

Lía, que se metía en todas partes, conmigo trocando tras sus pasitos cortos, pero rápidos, de japonesa, se interesó en los pequeños jardines, e indagando, preguntando, dio con un botánico que se dedicaba a los injertos.

—Es lo que necesitamos en Eldorado.

Y, a precio de oro, el japonés fue contratado. De allí nos llevamos también los cerezos japoneses que cuando maduran son tintos como los otros, pero con una pelusilla sutil de duraznos. Existen todavía, por lo menos en casa de Pedro Carreón.

Cuando comenzó a nevar nos hizo a todos comprarnos kimonos de invierno. Yo me sentía ridículo.

Entonces le entró el capricho de ir a China. —¿A 20° bajo cero? —dije yo, estupefacto.

—La emperatriz Tzu-Hsi promulgó un régimen constitucional hace dos años porque se le estaban levantando los nacionalistas y ahora, en 1908, van a proclamar emperador a su hijo de

cuatro años, Pu-Yi. Yo quiero ver cómo sostiene esa corona un niño de esa edad. Quiero ver la ceremonia. Y además, debido a la guerra ruso-japonesa, China se ha abierto como el Japón, por primera vez.

Me quedé anonadado.

Y por supuesto, fuimos a China.

Aquellos grandes abrigos pesaban por lo menos dos toneladas. En el hotel más elegante no había calefacción, sólo chimeneas de carbón. Ella me compró "bombitas japonesas" para que me calentara las manos.

Con grandes dificultades llegamos a la Gran Muralla. Fue curioso. Esta vez fue ella la que nos guió, la que nos fue explicando. Él escuchaba las explicaciones, yo, detrás, me aburría sobranamente y no podía, de ninguna manera, entrar en calor. Monsieur Panabière disfrutaba para sí mismo.

En ese tiempo, en China, se compraba y se vendía todo. Así pudimos ir a la famosa coronación. Eso sí me interesó. Los manchúes exponían sus ritos ancestrales, extraños pero muy hermosos.

Fue Lía la que escogió los recuerdos, los regalos, los objetos para la casa-hacienda.



¡Qué descanso en el barco inglés que nos llevó a Hawaii! Podía tirarme en las sillas de mimbre todo el día, y dormir.

Sólo por las noches había que hacer el viejo rito del cigarrillo y el libro. Y a veces... quería que lo hiciera como una geisha y yo me desespe- raba mucho.

En Hawaii ¡por fin! el sol, el calor...

Pero estuvimos poco tiempo, por desgracia, allí. Otra vez el barco inglés y los malditos ritos nocturnos.

Él no quiso que fuera al comedor y me servían los mejores alimentos en mi camarote.

Otra vez el frío, pero ahora más humano

Y los ritos nocturnos que cada vez se compli- caban más.

En Los Angeles él tenía muchos amigos y con Lía se dedicó a la vida social.

—Lía habla un inglés demasiado perfecto para estos masticadores de palabras —me dijo una mañana mientras lo bañaba. No la vi actuar, no supe de sus actividades y sus trampas durante ese tiempo.

Regresamos por el Sud-Pacífico, cómodo y con- fortable, pero que no tenía ni tinas ni regaderas, así que todos teníamos que conformarnos con fricciones frecuentes de agua de Colonia. Fue un viaje muy largo.

Clarisa adoraba a Lía y arreglaba, no sé cómo, su ropa, para que siempre estuviera como recién planchada.

El japonés se nos reunió antes de pasar la fron- tera.

A nuestra llegada hubo un gran recibimiento. Todos estaban allí, jefes y empleados, peones, mujeres con niños en brazos, los chinos. Nadie trabajó ese día. Hablamos estado ausentes casi dos años.

Don Hernán, después de hacer grandes fiestas para reparir regalos, se dedicó plenamente a arre- glar sus cuentas en las oficinas, mientras Lía se escapaba de sus clases con Monsieur Panabière, que tan complaciente fue en el viaje y que, aho- ra, la mimaba verdaderamente.

Ella corría siempre al invernadero a ver al ja- ponés. Y así surgieron los mangos-piña, los man- gos-perón, los mangos-pera y las flores híbridas que fueron maravilla para todos, y con los que don Hernán gozó tanto.



Una tarde, mientras tomábamos el café, se oyó un rumor fuerte, muy conocido.

—Es la avenida del San Lorenzo —dijo él.

Ella calló, y sin decir nada, se levantó y salió de la casa. A un gesto de don Hernán, la siguió. Atravesó las huertas y se quedó contemplando al poderoso río que arrastraba ganado, árboles, ramas. Y por la orilla plantas acuáticas, el limo y el tauto.

Como hipnotizada se fue metiendo en el lodo de la orilla, a los camelotes, al limo. Allí se sumergió hasta que su cabeza se cubrió de todas estas cosas.

—¡Lía!... ¡Lía! —gritaba yo desesperado. Pero la correntada apagó mis gritos.

Luego salió, chorreando, llena de lodo y con la cabeza despeinada, coronada de porquerías. Llevaba uno de los trajes más caros que habíamos comprado en París, totalmente echado a perder. Cuando llegamos, y don Hernán la vio en aquel estado, preguntó qué había pasado. Se lo expliqué, indignado.

Él se rio muy fuerte, con grandes carcajadas y luego comentó:

—Valiente muchacha.

Eso fue todo.

Otro día me sorprendió cuando la vi abrir la jaula de los periquitos australianos verdes.

—Estos sobrevivirán. Se parecen a las hojas.

Y así fue. Aún ahora, sobre las ruinas de Eldorado, se pueden ver grandes parvadas de ellos.

Pero una noche don Hernán me pidió que le llevara a Lía con todos los requisitos del ceremonial del Minotauro.

Como la segunda vez, tomé mis precauciones con las mirillas de la puerta-ventana. Era muy extraño, porque Lía era ya una mujer hecha y derecha. Era sumamente peligrosa. Solamente faltaba un paso, el que podría darse esa noche, para que ella fuera soberana absoluta.

Cuando se lo dije, contestó:

—Muy bien —y sonrió con una sonrisa triunfal.

Esa vez, como las otras, Lía, desnuda, parecía una estatua. Él le abrochó al cuello un collar de esmeraldas de las compradas en el viaje. Comenzaba el rito acostumbrado. Pero cuando, con otro collar en las manos, se acercó a ella de frente, para colocárselo, la estatua se movió intempestivamente y sus brazos rodaron a don Hernán atrayéndolo hacia sí. Hubo un momento infinito



en el que no se movieron, luego él la rechazó con violencia haciéndola caer hacia atrás. Ya firme sobre sus pies, ella lo miró con una mirada seca, despreciativa, se arrancó el collar y se lo arrojó a la cara. El golpe lo encegueció y se tapó los ojos con las manos. Se repuso casi de inmediato y rápidamente fue al lugar donde dejaba el fuate al acostarse, y corriendo con él en alto atravesó la habitación lleno de ira. Ella seguía ahí, como una estatua resplandeciente. El fuate en alto estaba a la altura de su cara. Luego, el brazo que lo empuñaba cayó desgoznado.

Se quedaron otra vez inmóviles, petrificados. Mucho tiempo después él dijo, con la voz autoritaria de siempre:

—Vete a dormir.

Debo reconocer que Lía me devolvió mi lugar en aquella casa. Sólo yo la vi salir aquella noche, erguida, sin nada en las manos, por la puerta principal.

## ATRAPADA

*A Esteban Marco*

El pecado de exceso es sagrado y es lo que inflama hasta la enormidad al grano, en apariencia inocente, que produce la tragedia. Eso me consuela un poco, deja un hueco para la explicación, aunque seguramente no para la simpatía.

Mi primer exceso consistió en no conformarme con lo que tenía, que era mucho más de lo que muchos han logrado en su vida entera. Pero cuando siempre se ha recibido se pierde el tino y uno no se sacia ya con nada, quiere más, más, y le parece que le es debido. Por eso empecé a salir con Ismael, y así me encontré un día en aquella reunión en que no conocía a nadie.

—Así que es usted. Realmente, encantadora.

¿Y dónde está Ismael?

—No sé, por ahí...

—Típico. Pero pierda cuidado, ha caído en buenas manos. Soy Federico Longares, el mejor amigo de Ismael, y también arquitecto.

—Mucho gusto.

—Le he oído hablar mucho de usted... Y...

¿no le ha hablado de mí?

—No recuerdo... no sé...

—Se asusta, se apena, ¡no criatural no puede



usted ser responsable por nadie y menos por Ismael. Cuando esté casada con él se dará cuenta.

—¿Casarme?

—Sí, es usted justamente lo que él... pero dejemos eso y esperemos a que sea Ismael en persona quien se lo proponga. ¿Quiere una copa?

—Bueno.

—Así se hace. Adelante. Escuche la conversación de ese grupo mientras yo vuelvo. Se va a instruir.

A mis espaldas sonaban las voces.

—Yo creo que es totalmente frígida. Aquella noche en casa de Julio, mientras los demás bebían, hicimos de todo en el *couch* del estudio, y cuando yo creía que habíamos llegado al punto álgido, ella tenía los ojos fijos en la ventana y comentó "qué hermosa luna", con el tono perfecto de una heroína de novela inglesa.

Una estrepitosa risa de mujer.

—Ay, Pablo, será que tú...

—No, no, no. Eso nos ha sucedido a todos ¿verdad Julio?

—Sí, pero esa mujer tiene algo.

—Ya apareció. Se ve que no te has curado del todo el enamoramiento.

—¿El enamoramiento? No sé. Pero te puedo decir que precisamente esa carencia de carne, esa lujuria forzada y puramente mental, me atrae más que cualquier otro tipo de *sex*.

—Oye Sergio ¿te molesta que hablemos de esto?

No tendría nada de particular que así fuera, ha-ce apenas tres semanas que llorabas rogándole que se casara contigo.

—Pues... me molesta... Y no. Lo que han dicho es verdad... A mí me impresiona un poco que cinco de nosotros hayamos tenido intimidades con una chica que a pesar de todo sigue siendo virgen. Sí, ya sé, ya sé... pero no deja de ser extraño.

—Morbosísimo, sabrosísimo. Confiesa que nos encanta.

—No. Nos atrae, no nos encanta. Y a veces pienso si no tendríamos alguna responsabilidad... Su voz sonaba triste y no me atrevía a voltear para verle la cara.

—¿Por qué tan pensativa? —era Ismael—, ven a que te presente algunos amigos.

Seguramente empezaría por el grupo que estaba a mi espalda.

—No, gracias, estoy cansada. Detrás de mí sonó la voz de la mujer que se rela siempre.

—Ismael, ven a contarnos tus experiencias con Abigail. Necesitamos más datos.

—Por favor respeten mi extraordinario privilegio: no he tenido experiencias con Abigail. Le dije que me gustaban los hombres.

La mujer se rio más que nunca. Yo sentí como un mareo y la necesidad de salir de ahí a respirar. Me levanté.



—Tengo que irme.

—Es demasiado temprano, esto apenas comienza... .

Empecé a caminar hacia la puerta. Él me tomó del brazo.

—Ismael ¿por qué la escondes y no la presentas? ¿Te da vergüenza?

—Toti, por favor... Paula, ésta es Toti.

Me quedé con la mano extendida, ella no se ocupó de mí.

—¿De dónde la sacaste? Estabas cansado de lo conocido y fuiste a buscar algo exótico ¿eh?

—Toti, no te hagas la chistosa, ¿quieres? Paula es hija de Fermín Linares, el torero.

Toti aplaudía, feliz.

—Vengan todos, vengan. Su papá es torero y ella se pasa las tardes de domingo con su mantilla puesta rezándole a la virgen de la Macarena... ¿o a la de Guadalupe?

Todos le rieron el chiste, a coro.

—¿Quién es Fermín Linares? No me suena.

—Es un torero viejo, malón.

—Debe de ser emocionante, casi excitante, vir con un torero.

—Yo le vi alguna vez, tenía un estilo inspirado pero torpe, popular.

Una mano me tomó del brazo y me despejó de ahí; nadie se fijó. Llegué a la puerta y bajé la escalera sin voltear a verlo. Ya en la calle me dijo,

—Ismael está demasiado bebido, yo te llevaré

a tu casa.

Era Federico.

Al día siguiente me despertó una sensación punzante de desasosiego y angustia que me corría la respiración. Me quedé en la cama, recordando sin emoción ninguna las escenas de la noche anterior, pero el dolor se hacía cada vez más agudo y me di cuenta de que a lo que más se parecía era al remordimiento. ¿De qué me avergonzaba? Volví a reparar palabra por palabra todo aquello: ajeno, distante, pero la angustia no cedía. Me levanté y desayuné cualquier cosa en la cocina, de pie y sin hacer ruido para que mi madre no me viera.

Me estaba bañando cuando la oí gritarme.

—Paula, te busca el arquitecto. —A ella le encantaba que Ismael fuera arquitecto.

—¿Qué horas son?

—Las diez.

—Dile que ya voy.

—Date prisa.

El agua resbalaba, seguía murmurando, cayendo, y yo no la sentía, me parecía que mi cuerpo no era mío. "Viene a buscarme... está aquí, en mi casa..." pero no me atañía, se trataba de un desconocido, de alguien que no tenía que ver con aquel extraño dolor que me llenaba toda y que hacía desabridas las cosas más queridas.

Tuve que hacer un esfuerzo para moverme, se-



carne, vestirme y arreglarme de cualquier manera.

—Cuando se levantó y me saludó noté su sonrisa tímida y el encogimiento peculiar del que quiere pedir perdón. Era sin duda encantador, pero su encanto resbalaba sobre mí como las gotas de agua.

—Señora, si nos permite, me gustaría llevar a Paula a dar un paseo. —Y me miraba interrogante, como pidiendo aprobación. Me era desagradable esa actitud.

Salimos de la casa y al pasar bajo el gran olmo me acordé de Marcos, de aquella noche en que a tientas, en el fondo del vértigo, encontré la respiración, el sabor, el olor, lo que Marcos era en lo profundo, y lo que en lo profundo era yo misma. Lo recordé, pero de lejos, con añoranza.

—Quería darte una explicación. Anoche te escandalizamos.

—No. Cuando uno se escandaliza se desprende, y es más fácil.

—Entonces...

—Me dolió. No lo que me dijeron. Todo.

—Yo no pude dormir. Pero no creas que son malos, quieren ser sinceros, libres. Y Toti es una pobre chica que hace cualquier cosa con tal de llamar la atención.

—No se trata de ella, sino de la otra... Abigail. Nunca había oído hablar así de una mujer.

—Ya te dije, quieren ser verdaderos.

—Pero ella...

—También, aunque todo lo que oíste es cierto.

A mí me da lástima, y creo que su madre tiene la culpa: se acuesta con todo el mundo y Abigail lo sabe, lo ha sabido desde antes de aprender a andar.

—Debe ser horrible.

—No ha encontrado la solución y no tiene un camino claro, da tumbos y se lastima, y también hace daño a los demás, como a Sergio, ya te diste cuenta.

—Pero es que les falta algo, no sé qué, una fuerza...

—La razón por la que los juzgas mal es porque tú sí tienes esa fuerza. Toti no piensa, pero creo que lo sintió y por eso se portó como lo hizo, por envidia.

—¡Envidial! Cómo se te ocurre. Era desprecio... o despecho... por ti.

—Caliste en la trampa. Celos, envidia, es lo mismo... y tenía razón para sentirlos.

Muy poco tiempo después me casé con Ismael. Desperté temprano, aquel mi primer día de casada. Era extraño que Ismael estuviera dormido a mi lado, eran extraños el cuarto, el aire, la luz cálida. Me sentí insegura, arrojada a una playa desconocida y desierta. Titubeé antes de despertar a Ismael, pero necesitaba que abriera



los ojos, que me mirara.

Lo besé tímida, y él se dio vuelta refunfuñando, entonces me rel y volví a besarlo, jugando, repetidas veces.

—Flojo, reflojo, recontraflojo.

Él siguió el juego sin contestarme, y luchamos, nos empujamos, nos abrazamos, sobre la cama revuelta. Yo gritaba, reía, y cuando, jadeante, tomé una tregua para respirar, me di cuenta de que él estaba serio, mirándome intensamente con sus ojos profundos. Un dolor, una ternura violenta, me hicieron apretarme contra él y esconder mi cara en su cuello. Me acarició con ternura, casi consolándome.

—Eres una niña.

Luego me besó en la boca y me pareció que la seriedad, la fiereza de sus ojos se materializaban en aquel beso. Me abandoné a su deseo.

Poco después, todavía envueltos en aquel extraño silencio de los momentos de amor, y de nuevo en la playa salobre y árida, vi que alargaba la mano y cogía un cigarrillo.

—Mi vida, no vas a fumar antes del desayuno. Suspendió el ademán y se quedó un momento vuelto hacia mí, sorprendido; parpadeó, se acomodó a mi lado y dulcemente me fue diciendo:

—Siempre lo he hecho, y por otra parte... no sé cómo decirlo... tú has ido al cine, has hablado con tus amigas, oído a gente cursi, pero tú y yo somos diferentes. Los motes, las palabras

dizque cariñosas que usan todos, están gastadas, no sirve, "mi vida", "amor", todo eso... ¿comprendes? —acariciaba mi mejilla—. Ahora no fumaré, si te molesta...

—No, no... fuma por favor.

Encendió el cigarrillo y dejó escapar una columna densa y perezosa.

—Iremos a comer con los Urquiza. Son amigos míos, y me comprometí con ellos para llevarte.

—¿Hoy? No los conozco, y yo creía...

—Paula, ya me imagino lo que creías, pero el amor no es una ilusión ni una novela rosa, es algo muy diferente, y cuando lo comprendas... cuando lo comprendas...

Estaba otra vez mirándome con sus ojos profundos adoloridos por mí, por mi torpeza.

—Como quieras, lo que tú quieras.

Y volví a esconder mi cara contra su pecho.

Fuimos a vivir muy cerca del bosque, en el *penthouse* de un edificio que era suyo. Un departamento espacioso y moderno, con muebles bajos y pinturas abstractas. "Tienes que acostumbrarte a vivir entre objetos hermosos", me dijo; comprendí.

Nadie me obligó, yo sola empecé a vivir para esperar a Ismael. Sin embargo mis lentas horas de soledad no estaban vacías, mi deseo de ser tal como él quería que fuera las llenaba: leía, asis-



tía a clases, a conferencias, escuchaba música, y por encima de todo lo observaba y lo comparaba conmigo, pobre de mí.

Había cosas, detalles que me hacían pensar; por ejemplo, aquella mañana que la criada se fue sin avisarme y él me encontró furiosa cuando se levantó. "No te pongas así. Es lo menos que puedes aceptar de una pobre mujer que ha tenido que aguantarnos tal y como somos. Debe ser molesto ese vivir siempre en una casa ajena donde todo absolutamente es impuesto. Lo menos que puedes conservar es el derecho a cambiar, a irte cuando te venga en gana. Paula, trata de ponerte en el lugar de la pobre muchacha." Aprender a ponerse en el lugar de otro es importante, muy importante, para mí llegó a ser fundamental, pero aquel día aprendí algo más: que él era justo.

Tenía también una paciencia increíble conmigo. Recuerdo las noches que se pasó explicándome el teorema de Pitágoras sin lograr, no que yo lo entendiera, no era tan complicado, sino que lo retuviera, que viera su importancia, su trascendencia; nunca pude. En cambio, en cosas menos intelectuales sí podía seguirlo. "El estilo es lo más importante. Hay veces en que se necesita sacrificar la belleza natural para transformarla en algo nuestro, acorde con nuestro ser." Y pasó su mano amorosamente por mis cabellos, esos cabellos negros y lustrosos, pesados, que eran

mi orgullo. Esa noche, cuando volvió me encontró con un chongo estilizado que en lo alto de la nuca parecía "un postizo" de peluquero, así de perfecto era. Lo recibí en la puerta, nos miramos, nos sonreímos con una alegría entrañable y diáfana, y sin decir una palabra nos dirigimos al salón con las manos entrelazadas. No conozco a nadie que pueda saber lo perfecta que es esa clase de felicidad. Me estoy equivocando, seguramente Federico sí lo sabe.

Pero la armonía es muy difícil para una mujer, la naturaleza está en contra de que la consigas, y si ahora pienso que así debe de ser, entonces me produjo una gran confusión, casi una rebeldía. Sucedió una mañana, sin motivo aparente alguno. Estaba poniendo en orden el estudio cuando un dolor desconocido, agudo y que me estrujaba sin piedad las entrañas me hizo gritar. Me tapé la boca con una mano porque me avergoncé de mi grito, pero el dolor no tenía relación con mi voluntad y volvía, regresaba intermitentemente, envolviéndome en un remolino de pavor irracional atrozmente animal. La sangre corría por mis muslos, por mis piernas, y muy pronto la alfombra gris tuvo una enorme mancha roja que se fue extendiendo, extendiendo. Me horrorizaba la idea de moverme, de manejarlo todo, de contaminar los objetos a mi alrededor, y el dolor me sacudía el cuerpo con espasmos tan desesperados que perdí todo control y



comencé a mesarme los cabellos y a aullar como una bestia herida. Enloquecí. Cuando la puerta se abrió y vi el rostro desencajado de Ismael, era ya incapaz de controlar mis reacciones, seguía gritando y contrayéndome como una posea. Me tomé en brazos y me llevó a mi cama; ol cómo llamaba, urgido, al médico. Yo seguía sin tregua en mi locura de dolor y espasmo; me revolví y me quejaba sin descanso, habitando con todas mis potencias el lugar solitario y alucinante de los atormentados. Cuando el médico llegó y me examinó, creí que había tocado el fondo de lo monstruosamente doloroso. Me puso una inyección intravenosa, y en una semiconsciencia que tenía mucho de delirio, de borrachera calurosa, me llevaron al sanatorio.

Desperté muy cansada, adolorida y desprendiéndome con lentitud de un mundo lejano, semiolvidado ya, pero del que conservaba una sensación de ingravidez, de tristeza despegada y ultraterrena. Ismael estaba a mi lado, con una de mis manos entre las suyas.

—¿Te sientes bien? Me has dado un susto... ¿por qué no me lo dijiste?

—No sé por qué... no encontraba cómo...

—Está bien, no te esfuerces, procura descansar.

—Crees que... ¿te hubiera gustado?

—No sé, tal vez. Cuando las cosas suceden sin pedir permiso... Pero ha sido mejor así, no estamos preparados, y un niño... en fin, ya te

dije que somos diferentes; procrear es simple, puede hacerlo cualquiera, y en cambio buscar y encontrar la forma última del amor es solamente para nosotros. Los hijos se interponen, lo sabes... pero no es hora de hablar de esto. Lo que necesitas es reposo. Trata de dormir, reponte muy pronto para que volvamos a empezar.

Me besó en la frente y cerré los ojos. Se marchó.

Minutos después entró mi madre y me encontró llorando. A ella también le corrieron lágrimas por la cara.

—Sé lo que sientes, pero no debes desesperar. Dios te concederá más adelante otros hijos, y aunque nunca olvidarás éste, tendrás consuelo.

Me abracé a ella y sollocé convulsivamente. Me pegaba más a mi madre, a su amor, cuanta mayor conciencia tenía de que entre nosotras ya no había comunicación posible, que el hilo de la continuidad se había roto, que ya había aceptado traicionarla y decidido no hablarle nunca más de la verdad de mi vida. Empecé el aprendizaje de silencio no revelándole aquel solitario dolor mío que jamás tendría consuelo.

Más tarde llegó mi padre con un gran ramo de rosas. Se sentó en la cabecera de la cama y puso su pesada mano sobre mi cabeza, su mano tierna que sin ningún movimiento tenía el poder de transmitir tanto calor, tanta fuerza. La circulación común, que al contacto de su mano volvía



a sentir que nos unía, oscura y espesa, me arrancó del mundo helado y fui cayendo en el consuelo doloroso de revivir mi infancia mágica, de ese otro mundo que ahora quedaba suspenso y trunco, sin que otra existencia infantil pudiera asomarse a él, reconocerlo o destruirlo con sólo imponer su presencia frente al espejo: hay una alegría de vida en el espejo roto que recoge en sus fragmentos respiraciones de dos tiempos diferentes, queda esperar el milagro de que en un ángulo destrozado coincidan por un momento dos atmósferas que se identifican, que son una sola, hincada en el tiempo para que la respiren dos niños que se reconocen. Ahora eso no sería posible para mí, mi espejo quedaría intacto y moriría conmigo. Mi espejo.

*Por la rendija se veía bastante. Él debía de estar en el fondo, muy cerca de la ventana, pues por toda la habitación, por el techo, por las paredes azules, navegaban las escamas luminosas. Alegre, el aire encantado fingía corrientes y contracorrientes y la móvil fosforescencia parecía cantar, ingrátida, luminosa.*

*Hubo una gran confusión entre los puntos de luz; se arremolinaron, huyeron, se acercaron, y por fin se quedaron quietos cuando él surgió y se quedó parado en medio de la habitación. Él sí tenía peso, el justo, y provocaba y sometía con un*

*además montones de grandes y pequeños prodigios. ¡Qué revuelo cuando levantó el brazo recio con la palma de la mano hacia arriba, como un emperador!... Probaba las posibilidades de su cuerpo dentro del traje, sin dar un paso, con ademanes lentos y armoniosos, parcos.*

*Se quedó quieto como una estatua y vi la sonrisa secreta mover apenas las comisuras y hacer más claros los ojos. Su voz tronó en contra mía, pero no volvió la cabeza hacia mi escondite.*

*—¡Estás satisfecha, ave de mal fario? ¡Deja de espiarme y largate con viento fresco!... Camilo, no olvides el estoque nuevo.*

*¡Cuántas, cuántas escamas danzando apresuradas, cercándolo, esquivándolo! Y él disfrutaba la magia que brotaba de su ser con una dignidad austera, casi ausente. El tiempo se detenía en aquel cuarto a aquella hora, y si él no lo hubiera echado a andar, los momentos se hubieran prolongado infinitamente en el profundo encantamiento de las grutas marinas. Pero la metamorfosis había llegado al punto debido y él estaba, armado para todos los encuentros: el fracaso, la gloria, la muerte. Me alejé de la puerta y salí al patio.*

*Como siempre, todos los vecinos estaban ahí, y gente extraña también. No me molestaba ni me parecía mal, así debía de ser.*

*Lo esperé ante el portón. Al pasar me miró, irónico y cariñoso, y yo le tiré un beso con los*



dedos: "Suerte, matador." Se llevó la mano a la montera, en un saludo profesional y sin embargo íntimo. Por estar dirigido a mí. Salí con los dedos y en el momento en que subía al coche pude atrapar la mirada profunda, casi angustiada, que dirigió al balcón de mi madre. Su rostro arrancó y toda la chiquillería lo siguió gritando: ¡Viva Fermín Linares! ¡Viva Fermín Linares!

Los otros coches, los gritos, las gentes, todo se fue, desapareció, y en el silencio la plaza de Chimalistac me pareció enorme. Mi madre muy erguida, seria, continuaba en el balcón, con la mirada perdida y la mano derecha apuñada sobre el barandal; luego la fue abriendo lentamente, como si al permitirle distenderse la abandonara, y yo me volví con disimulo, para no mirarla.

La convalecencia fue larga. Mi cuerpo, vacío para siempre, no se tomaba ninguna prisa por recuperarse, y la debilidad me había sumido en una especie de incapacidad para actuar sobre el mundo exterior; a veces me consolaba pensando que dormía el sueño de invierno, como una crisálida.

Federico me hacía compañía casi todas las tardes, y juntos velamos desde el ventanal ponerse el sol entre los árboles.

—No, para Ismael no ha sido un golpe. Sigue igual su vida sin mí. A él no es posible detenerlo.

—Ciel que se quedaba contigo. Yo no lo he visto fuera de esta casa.

—Sale todas las noches, bebe, va al cine... se impacienta cuando me ve triste. No quisiera estar triste, Federico, pero cuando lo veo arreglarse por las noches, tan alegre, tan lleno de vida, me dan ganas de llorar. Es egoísta, mezquino de mi parte, lo sé y hago todo lo posible por ser diferente, pero no puedo, no puedo. —Se me quebró la voz y Federico vino en mi ayuda.

—Estás enferma.

—¿Y eso qué importa? Debo aprender a vencer también eso.

—Un hijo es cosa de dos.

—No siempre.

Federico bajó los ojos. En la penumbra vi una cara diferente a la habitual, cansada, vieja. Lentamente repitió.

—Es inútil tratar de detenerlo...

—Tú crees que no estoy luchando y sufriendo bastante, Federico, crees que una mujer no puede sufrir más que heridas en los sentimientos, en la carne, y te equivocas.

Vi brillar su mirada, sentí su tensión, pero continué hablando sin enfrentarlo.

—Te vi hoy a la hora de la comida, cuando él dijo esas cosas sobre Picasso. Lo aceptaste todo, querías hacer parecer que tú habías pensado



eso mismo antes, y buscabas como un desatinado un argumento que fuera más allá, que diera un salto más largo, que abriera camino al pensamiento de Ismael. Olvidaste por completo que hace dos semanas me dijiste exactamente lo contrario. No importa eso, no esa especie de limbo en que me colocaste, que colocas a todos cuando él está presente. Lo que importa es la anulación, porque cuando un hombre enajena su inteligencia sin que se lo pidan, sin que lo noten siquiera...

Estábamos casi a oscuras. Me pareció que Federico hacía el intento de hablar y lo detuve con un gesto.

—Ese tormento es el que crees que desconozco, pero te equivocas. Además, tú renunciaste antes de proponerte la conquista; por amor, ya lo sé, pero renunciaste. Yo no he renunciado.

Se acercó y me tomó una mano, con una efusión tan grande que me enterneció.

—Creo que no es necesario que te diga...

—No, no es necesario.

—Él ni siquiera lo sabe.

—Creo que si se detuviera a pensar un momento en ti, lo sabría; pero no se detiene.

Nos quedamos largo rato en la penumbra, personajes ausentes en un cuadro oscuro y misterioso.

Después sonó el teléfono y me levanté a contestarlo.

—Es Malvina, avisando que Ismael no vendrá a cenar. Acompañame tú ¿quieres? —Encendí las luces y todo volvió a ser como si nada hubiéramos dicho.

—Malvina, curioso nombre, y le va mal.

—Es raro que una esposa sienta simpatía por la secretaria de su marido. Las secretarías conocen sus secretos... —Rio como siempre, pero había un dejo melancólico en su risa.

—Ella también me quiere, será por eso.

La cordialidad se restableció y cenamos conversando como dos buenos amigos.

Nunca le hablé a Ismael de esa conversación; pero esa noche, cuando Federico se fue, pensé en Marcos, en mis padres, y encontré que la que ellos conocían y querían había muerto, y que si vieran quién era yo ahora se horrorizarían. El desconocimiento de los míos, la aceptación de una vida desligada del pasado y sin futuro previsible, esa nueva faceta de mi soledad, me tuvo angustiada y en vela hasta la madrugada. Ni siquiera cuando oí regresar a Ismael y entrar a su cuarto pude dormirne.

Estaba tomando sol en la terraza cuando Ismael se me reunió e inclinándose sobre mi silla me preguntó con cariño.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, no muy fuerte, pero mejor. El médico



cree que podré salir y hacer una vida normal en unos cuantos días más. Dice que necesito distraerme.

—Magnífico. Quiero que el sábado próximo vayamos a una fiesta a la que estamos invitados. Será para inaugurar el nuevo departamento de Toti.

—¿A casa de Toti?

—Sí, de Toti—en su voz tembló discordante una nota de impaciencia. Yo sabía que mi antipatía hacia ella le parecía una necesidad y me sentí incómoda. Pero él aparentó olvidarse del asunto, me dio la espalda y se quedó absorto mirando el paisaje desde la balaustrada. Yo veía su mano que sostenía el cigarrillo y que subía y bajaba con largos intervalos; luego las volutas de humo; no me atrevía, no sé por qué, a mirarle la nuca.

Cuando volvió a hablar parecía tranquilo, y sus palabras tenían el tono ligero que empleaba para los asuntos intrascendentes.

—En los últimos tiempos la he visto, he salido con ella. Acaba de divorciarse y quería oírla contar la historia. Toti es muy divertida.

Se volvió hacia mí y la expresión de mi cara lo irritó hasta hacerlo gritar.

—¡Ah, no! ¡No vamos a tener tragedia por tan poca cosa! Lo de la reunión del sábado lo acepté pensando en ti, en tu manera de ser. Vamos a ir precisamente para que todo quede claro y no haya

chismes ni interpretaciones falsas ¿entiendes?

Era un mediodía espléndido. La luz caía a plomo y el mundo no tenía sombras; el dibujo nítido de las cosas les daba una presencia violenta, hostil. Oí el portazo. Las hojas de los árboles se movían inquietas, los ruidos se quedaban lejos, el límite del vacío que había en torno a mí. Sentí frío y me fui encogiendo, replegando lentamente sobre mí misma. Cuando sentí el calor de mis rodillas contra la cara, comencé a llorar.

Federico vino por la tarde.

—¿Ya se fue Ismael?

—No vino a comer.

Hubo una pausa.

—Has llorado.

Volví la cabeza para que no viera mis ojos otra vez atrasados y hubo un silencio largo hasta que pude dominarme.

—Estás enterado ¿verdad? . . . Y ahora quiere que vaya a casa de ella para que se vea que lo sé y que estoy de acuerdo.

—¿Vas a ir?

—Sí.

—Piénsalo bien.

—Si no voy, él me despreciará, y eso no puedo soportarlo. Además, él es justo, Federico, y si ha hecho esto debe de ser por algo, por algo que yo



no entiendo, pero debo actuar como si lo entendiera: él detesta la incompreensión... No, no da explicaciones... tampoco me ha pedido perdón, seguramente porque no cree haber hecho nada censurable, pero como yo... soy... así... tengo que perdonarlo, aunque no me lo pida.

—Estás equivocada, no es ése el camino. Él necesita que te le enfrentes, que te afiances a ti misma. Si sigues por aquí, llegará el día en que te transformarás en lo que Ismael más odia: un fardo en su espalda.

—No creo. A veces pienso que él hace estas cosas para que yo me esfuerce y alcance un tamaño más de acuerdo con el suyo.

—¡Ajál, entonces vas con Toti para edificar tu espíritu ¿no es eso?

—Federico, no te burles, esto es muy serio. Escúchame bien: no sé pensar ni actuar, pero he leído algo que me puede servir, que puede hacer de lo mío negativo algo positivo... ¿has oído hablar de la no resistencia al mal? Uno no lucha más que con sus pasiones; con nada externo ¿yes?, y no es otra cosa que un agente receptor, una esponja que absorbe el mal y no lo rechaza ni lo devuelve, sino que se queda con él dentro, y lo rumia, lo envuelve, lo fracciona, hasta que puede digerirlo y con eso aniquilarlo.

—Paula, estás demasiado excitada, vuelve en ti; hablemos con calma, despacio, y trata de pensar como una persona normal. Si tendemos a lo

absoluto en esta civilización nuestra, estamos fuera de la realidad, perdidos; nosotros no concebimos más que lo relativo, sobre todo lo relativo a; particularmente los que estamos hechos pedazos, o enamorados. Eso de que me hablas sirve para otras cosas, para seres puros o que aspiran a serlo, no para quien está viviendo una existencia ajena.

—A mí me sirve, o tal vez sólo me consuela. Te equivocaste cuando creíste que era yo quien debía casarme con Ismael, no, yo menos que nadie... Se necesita una mujer verdaderamente pura o inteligente.

—No es sano esto que haces ¿por qué toda la culpa ha de ser tuya? Habla con Ismael, dile todo esto que me has dicho a mí.

—Te estás tratando de engañar. Sabes perfectamente que con Ismael es imposible discutir sobre él mismo. Se cierra, es su fuerza.

—O su falla. Pero yo intentaré hablar con él, trataré de hacerlo del modo más desapasionado, como si hablara de personas ajenas sobre las que es posible discutir sin comprometerse al juzgarlas. Trataré.

—No lo permitirá, huele desde lejos las manibras para atraparlos... Y sabe que tú y yo, de una manera o de otra, lo queremos para nosotros mismos. Además es un asunto entre él y yo y no tiene solución fuera de nosotros.

—No temas herirme, me doy cuenta. Yo... soy



el menos indicado.

Lo vi ensombrecerse. Hubiera querido consolarlo, pero en mi desesperación creí que todo consuelo era imposible.

Así perdí a mi único amigo: no volví a hablarle de estas cosas y seguí sola por mi túnel amargo.

El sábado me vestí con cuidado.

En la fiesta estaban todos, Myra y Abigail se mostraron especialmente amables conmigo, y Federico neutralizó todo lo que pudo, con su ironía, las indirectas de Toti. A Ismael casi no lo vi, se pasó la velada hablando en otros grupos, desentendido de Toti y de mí.

Recuerdo esa reunión muy en general, porque no percibí los detalles, ni recuerdo los diálogos; estaba embotada, sin poder sentir ni por un momento que la mujer vestida de negro era yo.

—Ya ves cómo lo pasaste bien —comentó Ismael cuando regresábamos a casa, y continuó con la misma indiferencia—. No sé qué le pasa a Federico, se está volviendo tonto de tanto querer ser ingenioso. ¿Te fijaste en el muchachito que llevé?, daba la impresión de que...

Me recosté en el respaldo del asiento. Las luces del Paseo de la Reforma se me venían encima y pasaban vertiginosas. Ismael seguía hablando. Sus palabras, las luces, los recuerdos, los pensamientos, todo era y se desvanecía en segundos,

no chocábamos, nos rozábamos apenas y seguíamos nuestro camino sin penetración ni daño. Volvamos y en el espacio había lugar suficiente para nuestras corrientes encontradas. Las palabras, las luces... nada podía destruirme, a mí, sola, en mi carrera alada. Una alegría nueva abrazó mi corazón. Me incorporé de un salto y besé a Ismael en la mejilla. Él sonrió sorprendido y vi sus facciones retomar la tranquilidad. Lo había perdonado.

En mi pequeñez creí que había alcanzado algo así como la grandeza de espíritu; la verdad es que me engreí por un espejismo. Mi tamaño era el de Toti, lo digo sin desprecio, y a él debí atenderme.

Pero me hice la ilusión de que cuando Ismael compró el viejo caserón de San Ángel, lo había hecho como un acto de reconocimiento hacia mí, y que tener una sólida casa de piedra quería decir que nuestro matrimonio estaba por encima de cualquier hecho fortuito.

—No he podido tenerlo en secreto, aunque primero pensé que te lo ocultaría hasta que estuviera listo, para que fuera una sorpresa, pero quiero que lo veas ahora mismo. Para mí como arquitecto es un reto. No es lo mismo partir de cero y crearlo todo de la nada que colaborar con un colega de hace varios siglos. Él ha establecido las



condiciones del juego y sigue jugando en la sombra. No tengo que rebajarlo ni hacerle traición, lo que debo hacer es comprenderlo... Y someterlo.

Fue una aventura a la que me uní con todas mis fuerzas. Empecé por ocuparme del jardín y el parque; escogí las flores: madreselvas y boj para los arriates; rosas té, blancas, rojas en los prados, heliotropos en el rincón de la fuente del ángel de mármol.

Puse también macizos de gardenias en la parte de atrás de la casa, haciendo el contrapunto a la gran magnolia que había junto a la galería del frente; y en el parque coloqué enormes tiestos con helechos bajo los arces y los álamos cubiertos de musgo. Cuidé meticulosamente de que el jardín no fuera sombrío, aunque busqué que armonizara con la melancolía romántica del parque. Quería que el sol entrara por todas las ventanas de mi casa, apenas tamizado por una entredadera ligera o un árbol tierno. Hacía ya tiempo que los lugares sombríos me daban miedo.

Los muebles fueron otro problema. Ismael no quería que mezcláramos directamente lo moderno con lo colonial, así que hube de encontrar muebles y objetos que aludieran a Innocencio I y Alejandro VI, y sobre todo a Felipe II. Felipe II fue mi tema preferido en esos días, no por lo sombrío ascético, sino al contrario, por los chispazos, por los brillos de extraordinario lujo,

de refinada maldad que encontraba en él. Cuando más lo espiaba, más me parecía que era de reojo como podía vérselo mejor.

Sin embargo, creo que la satisfacción más íntima que me dio esa casa fue la de amueblar mi cuarto con mis viejos muebles de soltera.

Sillas, *secretaire*, marcos, cortinas, cristos, bordados, todo proveniente de mi madre y mis abuelas. Todo lo pensé muy bien: tenía que dejar mi habitación abigarrada, pero sólo en trozos, para que hubiera descansos desnudos y limpios, y además para que fuera difícil descubrir el secreto de los objetos queridos. Al entrar en la habitación siempre sentía el calor, la tranquilidad que desde hacía mucho tiempo me hacía falta, y en ella solamente yo podía percibir el olor inconfundible del polvo de arroz que usaba mi abuela Isabel. Hasta había por ahí, entre tantas fotografías, una de Marcos. Pero quizá lo que más me gustaba era el gran balcón que daba al poniente, justo debajo de la magnolia: me hacía sentir diferente, digna. Ahí en ese lugar mío pasé muchas horas en acuerdo conmigo misma.

—Estoy muy contento de cómo ha quedado —dijo Ismael—; no nos falta para cambiarnos a ella más que fijar la fecha y organizar la fiesta de inauguración, porque algunas cosas que hemos encargado a Europa pueden ser colocadas habiéndola



ya. El último problema era la piscina, pero lo he solucionado dándole el estilo del jardín Boroda, y estará terminada en dos semanas más.

—Nos gustaría mucho verla —dijo el señor Browfield.

—Debe de ser muy interesante esa casa reconstruida —susurró Betty en su español ligeramente áspero.

—No se trata de una reconstrucción; he querido recrearla, darle un ambiente diferente al primitivo, pero no infiel ¿comprende? Algo que cuapiera en su concepción original, pero que no la siguiera... Sí, me encantaría que la vieran con calma, antes de que nos cambiemos. Aunque no tiene absolutamente nada que ver con el edificio que quiere su compañía —acentuó un poco la sonrisa al añadir—: Esto es muy latino, si me permiten la expresión, está ligado por todas partes a una cultura que a ustedes es ajena y creo que inhabitable. Si la encuentran exótica o interesante, querrá decir que o he fracasado o no podemos entendernos, y lo digo a sabiendas de que en ello puede irme el contrato...

—¡Oh!, pero unas oficinas no tienen que ver con esto.

—Pero el arquitecto sí. Ustedes quieren las cosas a su manera, como si el edificio fuera a levantarse contra el cielo caliginoso de Boston o junto al Empire State, y eso da ese aire de desamparo y de trasplante a los edificios que cons-

truyen aquí sus arquitectos. Yo no podría haber eso.

—Por patriotismo, supongo...

—En absoluto, creo poco en eso, ni siquiera en lo que se ha dado en llamar la arquitectura mexicana. Hablo nada más del sentimiento.

—¡Ah!, el arte —dijo Betty con ironía.

—Precisamente, la arquitectura es un arte bastante abstracto y difícil por naturaleza, y hay que defenderlo abiertamente, de lo contrario no queda más que resignarse a la técnica, o a las modas, que es peor.

—Hemos llegado a un terreno difícil. Será preferible continuar después de ver la casa ¿no les parece?

Browfield parecía desconcertado, más bien, molesto. Yo estaba segura de que Ismael no haría el proyecto después de esta confesión de rebeldía. Pero en ese momento vi sus ojos chispear y la satisfacción juguetona de su boca, y luego, durante toda la noche, su gran desenvoltura y brillantez: había apostado todo a su libertad y si perdía no le iba a afectar en absoluto.

Me habían avisado que esa misma mañana a las doce desempacarían en la casa de San Angel los dos bargueños y las estatuas del primer renacimiento que hablamos encargado a Italia. También venían tres cuadros del taller de Tiziano,



algunas lámparas y los terciopelos antiguos que faltaban para dar por terminada nuestra labor. Estaba muy excitada.

No esperé el elevador, sino que subí corriendo las escaleras, llevaba mi mejor *tailleur*, sombrero y guantes, para estar a tono con la solemnidad, pero no podía controlar mi alegría. Cuando llegué frente a la puerta del despacho de Ismael, me detuve a regularizar mi respiración porque me daba un poco de vergüenza que me vieran excitada como una criatura, y un momento después abrí la puerta sin ruido para sorprender con una broma a Malvina, pero algo en la expresión de su rostro me detuvo y me dejó inmóvil, con la mano sobre la perilla.

La luz de la ventana daba de lleno sobre ella. Tenía los ojos fuertemente cerrados y sus pestañas temblaban por un esfuerzo terrible; los músculos de su cara estaban tensos y al pronunciar las palabras no movía más que muy levemente la boca, apretando los dientes. Hablaba por teléfono, y lo que decía no parecía tener relación con aquella actitud extraña.

—Sí, el arquitecto pasará a recogerla a las doce... sí, a las doce, en su hotel... No, no tiene nada que agradecer.

Y colgó. Hizo una honda inspiración y sus manos crispadas taparon su cara. Todo su cuerpo se estremeció con un gemido sordo, casi un sollozo. Pero no comprendí hasta que se volvió a mí,

y después de mirarme ya unos segundos como a una desconocida me dijo con el mayor rencor:

—¿Estaba espiando?... no me importa. Yo soy secretaria del arquitecto y hago lo que él manda ¿entiende? Además, usted tiene la culpa de todo... de todo...

Crel que iba a llorar y estuvo a punto de hacerlo, pero un momento después la vi erguirse, dominarse hasta donde le fue posible, y caminar con pasos rápidos a la puerta del privado de Ismael para abrirla y darme paso. Antes de hacerlo, se volvió y me dijo con voz cansada, neutra: —Perdóneme, estoy muy nerviosa hoy. Le ruego que no se imagine cosas que no son.

Entré al privado y vi la silueta de Ismael recortada contra la luz. Cuando entré se levantó y vino a mi encuentro, tan perfectamente inocente que me turbé. En ese momento lo vi hermoso, increíble, míticamente hermoso.

—Te tengo una gran noticia —dijo.

Era imposible que no se hubiera dado cuenta de lo de Malvina. No, lo que le sucedía con respecto a ella era exactamente lo que le pasaba con Federico y conmigo: nos vela, nos utilizaba tal vez, sin maldad, pero sin mirarnos. Pero mi presencia ¿ni siquiera le recordaba la cita que tenía con otra mujer dentro de unos momentos? Hubiera deseado descubrir en él el signo más pequeño de turbación, un indicio de que yo signifi-



caba algo en sus asuntos amorosos, pero él estaba impaciente únicamente por darme su gran noticia.

—Acabo de firmar el contrato de venta de la casa. Browfield me la compró.

—¿La casa de San Ángel?

—Claro. Quedaron encantados con ella, pobres, no tenían idea de que se pudiera vivir así en nuestra época.

—Pero Ismael, mis muebles, mis retratos...

—Basta, Paula. Tienes la avaricia de todas las mujeres. Los objetos son objetos, intercambiables, adquiribles, uno no puede pegarse a ellos, depender de ellos. Te hace falta un poco de desprendimiento. La generosidad debe ser absoluta, uno tiene que darse a cada momento, irse dando durante toda la vida, minuto a minuto, construirse también...

—¿Te dieron el contrato para el edificio?

—Sí, ¿qué tiene que ver?

—Nada.

Sabía perfectamente que no era por eso que había vendido la casa, en realidad era por lo que él decía: por desprendimiento absoluto de todo, por esa extraña y magnífica generosidad. No dije más. Recogí con cuidado mi bolsa, mis guantes, y salí del despacho sin que él hiciera un gesto para detenerme.

En el recibidor Malvina me esperaba.

—Paula... quisiera...

Afuera el sol enceguecedor, indiferente, dejaba que mi cuerpo se estremeciera de un frío interno cada vez más violento. El ruido ensordecedor me aturdiría, pero estaba tan lejos... Yo sola, en medio del torbellino, como un objeto extraño. Inmóvil. La gente me atropellaba. Me dejé llevar por la corriente.

Y él en medio de nosotros, todos los que lo rodeábamos, ¿estaba tan vacío de sí que, como yo ahora, no vela a nadie? ¿O estaba tan lleno que ninguno tenía significado, importancia alguna? ¿Ni él mismo era lo suficientemente importante para ser capaz de tener apego a las cosas por las que un momento antes se interesaba, se apasionaba, como con la casa? El descubrimiento de los sentimientos de Malvina... aquella cita... la pérdida para siempre de lo que yo creí como una loca que era, al fin, mi hogar, con mis cosas... mi marido... mi amor. Lleno, vacío... Lleno, vacío... todo estaba lleno de vacío.

Caminaba a empujones, creo que algunos me injuriaban. Caminaba. Caminaba. No tenía a dónde ir. Ni siquiera estaba sola, estaba sin mí, en un páramo con un pasado que no recordaba y sin ningún porvenir. Sola, entre el torrente de personas que iban a alguna parte, que se verían con alguien, que eran queridos, que tenían algo que hacer. Me miré las manos. Dejé caer los bra-



zos y seguí caminando por calles que a lo mejor alguna vez había conocido, por las que había pasado, viva. Ahora estaba ciega, sorda, muda; muerta. Pero no me desplomaba, no sé por qué, mis piernas seguían moviéndose y con ellas todo mi cuerpo.

—No tengo nada. Estoy sola.

—Yo también.

—Es diferente: tú te tienes a ti mismo.

—Y si quisieras, si te empeñaras, podrías conseguirlo como yo. Pero te da miedo renunciar a pequeñas cosas superfluas que tienes metido en la cabeza que son tu vida, tú misma.

—¿Para qué si nadie me mira? No quieres entender que para mí la única forma es interesarle y gustarle a otro.

—Tonterías, nadie debe depender de nadie. Y a desbrozarte, a *ser* en pureza y plenitud, nadie debe ayudarte, ni con una mirada, pues esa simple atención desviará tu autenticidad. Uno no se puede formar más que en soledad, como los edificios, cada uno completo, autosuficiente, expresando su peculiaridad sin tapujos, no en complicitad sino solamente en armonía con el aire circundante. ¿No hablabas de la no resistencia al mal, de la bondad que actúa secretamente sobre los contrarios? Eso no se puede hacer en compañía. Asumir el mal, masticarlo, como decías, de-

benos hacerlo todos, pero cada quien con sus propios dientes.

—No, no puedo, soy débil, Ismael, tengo miedo del mal y lo deseo. Renunciar a él del todo, tener la tranquilidad y la pureza absolutas para enfrentarlo, no es para mí. No he podido, no puedo. Ayer nada menos...

—Ayer y hoy y mañana. Es cosa de todos los días. Los episodios no importan, lo único que debe interesar es la realización total, el resultado.

—¿Tú puedes?

—Lo intento. Y lo que me reprochas siempre es que lo intente sin piedad para los demás, pero puedo hacerlo porque tampoco tengo complacencias para conmigo mismo.

—¿Me desprecias, Ismael?

—No se trata de desprecio. Quiero que estés junto a mí, que seas lo más cercano. El amor comienza cuando se ha renunciado a la persona amada, cuando no se la necesita, cuando no queremos que nos dé nada, ni lo esperamos; el amor es la libertad, no la esclavitud.

—La libertad ¿de qué? ¿para qué?

—De *ser*. Eso es todo.

—No lo comprendo. Puede ser que ninguna mujer lo entienda verdaderamente, en la carne, en la vida, como deben de ser entendidas estas cosas.

—Sí, hay mujeres que lo comprenden, y tú podrías ser como ellas si lo quisieras.



Su voz era incisiva y vi brillar en sus ojos el pequeño triunfo que siempre se agolpaba en ellos cuando comentaba sobre el atractivo, la guapura o la inteligencia de las otras mujeres, porque él se daba cuenta de que yo no participaba de las ventajas genéricas o particulares de las de mi sexo. Yo era un ser absurdo.

El frío, el miedo al frío me inmovilizaba, mi propio cuerpo no era suficiente para calentarse a sí mismo. No tenía a donde ir, todos los lugares del mundo estaban vacíos, sólo el lugar que Ismael ocupaba era real; aunque fuera la fuente principal de mi angustia lo miraba, me aferraba a él, y eso hacía más absoluta y dolorosa mi soledad. Los días, los meses eran todos iguales, lentos y fugaces, porque mi desesperación no tenía principio ni fin, porque yo no tenía peso ni existencia verdadera. El departamento era demasiado grande, demasiado chico para mi sufrimiento. En un rincón, arrebujada en una bata vieja, veía a Ismael vestirse, hablar, salir, volver, y me parecía natural que no aludiera, que ni siquiera se diera cuenta de mi amigüillamiento. Envejecí, me sentí horrible, estaba horrible. El silencio en torno mío no se rompía jamás, ni mis pensamientos eran bastante claros porque me atormentaban continuamente en todas direcciones, sin que pudiera darles un sentido que aclarara

150

algún punto, o toda la corriente de mi desgracia.

Aquella mañana desperté de mi sueño superficial y precario con el mismo dolor helado de siem- pre. Pensé cuán verdaderas son las representaciones del dolor que antes me parecían metafóricas y hasta ridículas en las imágenes religiosas: las espadas atravesando un corazón. No había metáfora ninguna, el dolor que sentía en el mío no era figurado, era absolutamente físico, el dolor de una espada de hielo traspasándolo y cortándole el aliento. Un día como todos, hasta que llegara el de mi muerte.

El mercado, la tintorería, el plomero... que- haceres sin sentido. Mandé las cosas a casa y seguí caminando bajo el sol, en la hermosura de la mañana, viéndolo todo como tras una vidriera, cerrada el alma al exterior y al mismo tiempo hambrienta de su comunicación. Los ojos vacíos ante la hermosura, la piel fría bajo el sol. La muerte parcial que soportaba debía de ser peor que la muerte total que deseaba. Caminé sin rumbo, sin descos de llegar a ninguna parte, sólo por huir, como si mi pena no fuera yo misma.

—¡Nuna, Nuna!

De lejos me llegaron la voz y el nombre. *Nuna*... me estremecí cuando el recuerdo me tocó, el recuerdo de que *Nuna* era, había sido yo. Sentí que entre la bruma surgía el fantasma, mi

151



fantasma: una sensación extraña, un sonriente rostro olvidado. Seguí caminando sin conciencia de lo que hacía, sumida por completo en la confusión de ese encuentro con el pasado y el olvido; todo impreciso, en fuga el pasado y el presente, la cabeza sin pensamientos, llena tan sólo de imágenes inconstantes.

—Nuna.

En mi oído la voz y el aliento cálido en mi nuca. Me volví. Marcos estaba ahí.

—¿No me oíste?... Me alegro tanto de verte... —las comisuras le temblaron levemente, sus ojos brillaban limpios. Tuve vergüenza de mi fealdad, de la decrepitud que sentía en todo mi ser; pero él no pareció darse cuenta, seguía esperando un gesto, una palabra míos, totalmente proyectado hacia ellos, hacia la esperanza de una buena acogida.

—Marcos.

Empecé a temblar, creí que las piernas no me sostendrían, que me pondría a llorar... Sin pensarlo alargué una mano y me apoyé en su brazo.

—¿Te sientes mal?... No, es que te he asustado; nada más eso ¿verdad? ¿Quieres tomar un café? Te haría bien y me dará la oportunidad de hacerme perdonar. ¿Quieres?... bueno, si no te ocasiona ningún problema... Me encantaría poder ofrecerte algo.

—Iré con mucho gusto. Pero tú debes tener algo mejor que hacer, éstas son horas de trabajo.

152

—Al diablo con el trabajo. En una mañana como ésta no hay nada mejor que hacer que tomar un café contigo.

—Pero Marcos, no quisiera...

—¿Y esos escrúpulos? No los tenías cuando hacíamos la pinta en el Liceo. "Los días hermosos son para vivirse", ¿te acuerdas? Hagamos la pinta y olvidemos todo lo demás.

—Está bien, pero con esa condición. Vamos a olvidarlo *todo* ¿de acuerdo?, a hacer como si la vida comenzara en este momento.

—De acuerdo. *En route*.

Me tomé del brazo y empezamos a caminar al mismo paso, mirándonos sonrientes a los ojos, como si todos estos años no hubieran transcurrido. ¿Por qué, si en un momento se produce la desesperación, no debe darse en un momento la alegría? No lo pensaba con claridad, pero era lo que vagamente me justificaba. El recuerdo preciso y firme que Marcos tenía de mí y que me obligaba a actuar de acuerdo con él, el calor de su brazo, su proximidad, todo eso me fue produciendo una especie de deshielo, de desentumecimiento, y comencé a respirar de verdad, el aire caldeado de una maravillosa mañana de otoño, a moverme en un espacio cierto de una ciudad habitada.

Entramos a un café.

—Dos capuchinos y pasteles con mucha crema. Lo miré sorprendida.

153



—¿Ya no te gustan los pasteles con crema? Te gustaban y además querías engordar. Ahora también te vendría muy bien —bajé los ojos avergonzada y otra vez consciente de mi fealdad, y él se rio con fuerza francamente—. Siempre te dije que así estabas muy bien, pero tu ideal era ser gordita como las majas de Goya, sería por influencia del ambiente de tu casa; pero ya sabes que prefero a Botticelli, y si me apuras mucho, a Lucas Cranach, en lo que a mujeres se refiere, se entiende...

Me pareció increíble que no hubiera cambiado casi nada. Las alusiones eran intencionadas, desde luego, porque él no podía prescindir de ello, pero simples, sin doble fondo ni sordidez. Cuando terminamos los pasteles, me dijo:

—Traigo en el coche un libro que te gusta. Deberíamos volver a leerlo juntos, pero no aquí, desde luego. ¿Tendrías tiempo para buscar un sitio mejor?

—Bueno... Marcos, si no tienes imaginación. No vamos a buscar nada, vamos a ir derecho al bosque de Chapultepec, por el lado del cerro y nos vamos a tirar en el pasto a leerlo. ¿Qué libro es?

—Tú que todo lo adivinas deberías saberlo.

—No me lo imagino, ¡hay tantos!

—¿Tantos que te gustan? Éste es de los que más. Lo traigo siempre conmigo por ti... —ese perceptible enronquecimiento de la voz de Marcos

volvió a turbarme, como cuando era muy joven.

—¿No das? Pues fastídate.

Todo sucedió como yo lo había predicho, pero cuando Marcos, tirado en el pasto junto a mí, como un adolescente, empezó a leer, sentí que una felicidad perdida y recobrada me inundaba y, dulcemente, sin sollozos, las lágrimas resbalaban por mis sienes.

“j'ai rêvé dans la grotte où nage la Sirène  
et j'ai deux fois vainqueur traversé l'Achéron...”

Se incorporó un poco y me besó en los ojos. Sentí la presión de su pecho contra el mío. La tierra debajo de mí se suavizó blandamente, y cuando él me besó en la boca, yo no quería ya otra cosa que abandonarme sin pensamientos al aguijoneante bienestar de mi carne resucitada.

—Vámonos —dijo.

Y yo comprendí sin rebelarme: la vida era simple y luminosa.

Fuimos a su departamento.

Horas después, mientras yo decía en el teléfono: “que me quedé a comer en el centro”, vi la contracción de despecho doloroso en las facciones de Marcos. Cuando colgué, vino hacia mí y to-mándome de la cintura me condujo hasta el sofá.

—Siempre te he esperado, lo has visto, pero no quería que las cosas sucedieran así. Tú no eres para esto, Paula... no podrías... ni yo tampoco. No soporto que hables por teléfono de esa



manera, que mientas —me soltó y se separó un poco de mí—. Te veo ahora aquí, con mi bata puesta y me parece natural; pero cuando te oigo no puedo creer que seas la misma, la misma que hace un momento desnuda y en mis brazos... Eres mía, mía, eso se sabe en un momento así, pero no puedes luego levantarte y decir fríamente eso que has dicho, no te corresponde.

—Puedo porque estoy contaminada, porque soy otra.

—No, no quiero que seas otra más que la mía, la que yo conozco.

—Ésa no existe ya. Mírame ahora. La plenitud del deseo y del placer me han dado una realidad que no he tenido nunca, pero por eso precisamente soy dueña en este momento de toda mi historia. He llegado a una realización y eso es como llegar a una cima desde la que se ve mejor y se ve todo. No soy la niña que conociste, y ahora, aunque sea feliz, soy culpable. Somos amantes y cómplices... Y me gusta que sea así.

—No te entiendo, lo que veo es que de pronto has cambiado y que me hablas, no a mí sino a otro... a él... ¡Te estás vengando de él!

—Tú dijiste que esto era el amor ¿te acuerdas? Cuando lo dijiste, acariciándome, encendido y delirante, no pensaste que pudiera haber alguien más que nosotros en esa habitación, no sentiste venganza alguna, ¿por qué ahora la sientes?

Estaba abatido y me miraba con una profun-

da, insondable tristeza.

—Porque me hablas fría, despiadadamente, como un triunfador a su enemigo, y yo no soy tu enemigo, Paula.

—No, es verdad. Gracias por lo que me has dado, Marcos, nadie me ha dado tanto, nunca, y no volveré a tenerlo.

Me vestí rápidamente y salí después de besarlo como a un amigo. Hice con él lo que Ismael conmigo, pero mi dueño no era Marcos, y así, con toda conciencia, aquella tarde volví a mi casa sin remordimiento ni nostalgias, a esperar y a sufrir al hombre de mi vida, al enemigo amado.



## INDICE

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| Las palabras silenciosas . . . . . | 9   |
| 2 de la tarde . . . . .            | 17  |
| Los inocentes . . . . .            | 23  |
| Las muertes . . . . .              | 30  |
| Orfandad . . . . .                 | 33  |
| Apunte gótico. . . . .             | 36  |
| Río subterráneo . . . . .          | 39  |
| Año nuevo . . . . .                | 58  |
| En Londres . . . . .               | 59  |
| En la sombra . . . . .             | 69  |
| Las mariposas nocturnas. . . . .   | 81  |
| Atrapada . . . . .                 | 115 |